

CONTENIDO DEL TOMO III

AUTORES Y ASUNTOS

- Albertazzi Avendaño, J.—La gran angustia, p. 22.
 Allen, John C.—Nicaragua, p. 143.
 Araquistain, Luis.—Cervantes, emperador, p. 73.—El triunfo de la alquimia, p. 411.
 Arévalo Martínez, Rafael.—Los atormentados, p. 193.—San Francisco de Asís, p. 206.
 Arguedas, Samuel.—Lectura, p. 91.—Anatole France contra Benvenuto Cellini y Cía. p. 417.
 Arrhenius, Svante.—Los límites del Universo, ps. 112, 127 y 139.
 Arrieta, R. A.—Poesías diversas del tomo «Fugacidad», p. 301.
 Azorín.—La íntima filosofía de un escultor, p. 46.—La enseñanza de la literatura, p. 63.—El intelectualismo de Pérez de Ayala, p. 199.—Al margen de «Las Furias», p. 286. La crítica y la conciencia colectiva, p. 340.—Flaubert o el obrero de la idea, p. 381.
 Baeza, Ricardo.—La quimera de Dante, p. 157.—Estética y civismo, p. 253.
 Ballesteros, Montiel.—La sombra del ombú, p. 264.
 Barga, Corpus.—El wilsonismo sin Wilson, p. 210.—Los filósofos, p. 348.—El cultivo de los mejores o un homenaje a Goethe, p. 403.
 Bello, Luis.—Historia de tres gorriónes, p. 304.
 Belloc, Hilaire.—Orígenes del sistema representativo de gobierno, p. 395.
 Blázquez de Pedro, J. M.—A mi corazón, p. 97.—Fraternidad obrera, p. 124.—Principios del Grupo Comunista de Panamá, p. 124.—Labor pacificadora, p. 155.—Sobre las fronteras, p. 321.
 Borgia, René.—Carmen, Balada del hombre que volvió, Sin dejar una huella..., p. 221.
 Borrás, Tomás.—Los buscadores de muertos, p. 272.
 Boule, Marcellin.—Un nuevo hombre fósil, ps. 323 y 350.
 Brannon, Carmen.—Dura lex, p. 123.—Poesías diversas, ps. 371 y 372.
 Brenes Mesén, R.—Arturo Torres Rioseco, p. 20.—Encajes, p. 67.—Una iniciativa del Congreso Universal de la Prensa, p. 163.—Memorias de la Princesa de Lamballe, p. 179.—Proceso histórico, p. 361.—Infusión de sangre en el organismo político, p. 381.—La colección cervantina, etc., p. 385.
 Cabos sueltos, ps. 181, 196, 233, 258, 269, 281, 297, 322, 339, 356, 393 y 410.
 Camba, Julio.—Hay que pinchar a los granujas, p. 70.—Honradez y natación, p. 206.—La fuerza bruta como valor literario, p. 278.
 Capdevila, Arturo.—Poemas del mar, p. 204.
 Carazo, Juan J.—La vida de las plantas, ps. 55, 83, 99, 111, 239, 267, 279 y 295.
 Casas, José Joaquín.—Discurso, p. 158.
 Caso, Antonio.—Discurso en el Centenario del Perú, p. 19.
 Cestero, Ml. F.—René Borgia, p. 220.
 Confederación de los intelectuales de habla española, p. 200.
 Contreras Daza, Elvira.—Era en la somnolencia, p. 187.
 Cox, I. Joslin.—Un verdadero Palacio de la Paz, p. 129.
 Cravioto, Alfonso.—Patio bajo la luna, La canción de la pilmama, p. 58.
 Crane, Frank.—Zbyszko, p. 45.
 Cruchaga Santa María, Angel.—Diversos poemas, p. 78.
 Curie, Marie.—Cómo me recibieron en los Estados Unidos, p. 368.
 Chocano, José Santos.—El pescador de perlas, p. 147.
 D'Annunzio, Gabriel.—A Dante, p. 161.
 Dantin Cereceda, J.—Del hombre fósil al hombre viviente, ps. 296 y 308.
 De Castro, Cristóbal.—Las confesiones de Cajal, p. 400.
 Declaración de los niños mexicanos acerca de sus derechos, p. 110.
 Del Vayo, Alvarez.—Einstein en película, p. 211.
 Dengo, Omar.—Sobre un ensayo del Sr. Brenes Mesén, p. 256.—Notas sobre educación, p. 298.
 De un cuestionario abierto por la Revista «Claridad», de Santiago de Chile, p. 113.
 Dewey, J.—Mensaje, p. 311.
 Díaz, Gerardo.—Poesías diversas del tomo «Lagunas Taciturnas», p. 131.
 Díaz Arrieta, Hernán.—La vela de púrpura, p. 120.
 Dillon, E. J.—Tributación o confiscación en México, p. 92.
 Don Ramón María del Valle Inclán en México, p. 171.
 D'Ors, Eugenio.—Conversaciones con Octavio de Romeu, p. 358.
 Dos notables adhesiones, p. 77.
 E. E.—La palabra de Caso, p. 227.
 El esposo de Mme. Curie, p. 10.
 El homenaje de los Latino-americanos al Sr. Vasconcelos, p. 121.
 El «Instituto de las Españas», en Nueva York, p. 41.
 El mensaje de la Cámara mexicana, etc., p. 336.
 El nuevo escudo de la Universidad Nacional de México, p. 17.
 El trabajo obligatorio en Bulgaria, p. 54.
 Encina, Frco. A.—El respeto de los hombres y el respeto de las ideas, p. 353.
 Escobar, Antonio.—Doctores y macheteros, p. 85.—Congreso Cooperativo, p. 260.
 Esquivel Obregón, T.—Los Presidentes «mano de hierro», p. 64.
 Eugenio D'Ors en la República Argentina, p. 107.
 Fernández García, Alejandro.—Los colibríes de Fray Serafín, p. 137.—Cuento de Navidad, p. 246.
 Flammarion, Camilo.—Alma vestida de aire, p. 183.
 France, Anatole.—Si no se quiere perecer..., p. 270.
 Fundación del «Centro Intelectual Salvadoreño», p. 322.
 García Monge, J.—Ante el Monumento Nacional, p. 29.
 Gerchunoff, Alberto.—Motivos de la ciudad, p. 225.
 Gesell, Arnold.—Función social del Kindergarten, p. 370.
 Gibbons Huneker, J.—Violetas estrujadas, p. 254.
 González Blanco, E.—Chaucer, redivivo, p. 303.
 González León, Frco.—La casa de doña Juana Nepomucena, p. 348.—Angelus, p. 349.
 Gorman, H. S.—Anatole France, ganador del premio Nobel, p. 241.
 Grandmontagne, Francisco.—España tiene que volver a descubrir América, p. 74.
 Guillaumin, René.—El retiro del filósofo Bergson, p. 360.
 Hacia la América una, p. 392.
 Hausman, Augusto.—De cómo pensamos, ps. 167, 183.
 Henríquez Ureña, P.—En la orilla, p. 365.
 Hernández Catá, A.—El sentido de la nueva España, p. 132.
 Hostos, Eugenio María.—Una carta inédita, p. 207.
 Houlgard, Alberto.—La lucha por el petróleo, p. 162.
 Hübner, Sarah.—Manuel Magallanes Moure y su último libro, p. 273.
 Ibarra, T. R.—Europa ha terminado, p. 213.—Anatole France tiene un Boswell, p. 333.
 Ignaba.—Knut Hamsun, p. 126.
 Inman, Samuel G.—La América Central, p. 101.
 I. G.—A collection of the work of Magallanes Moure, p. 151.
 J. f. g.—Noches de lectura, p. 407.
 Jiménez Núñez, E.—Los nuevos ideales de la escuela, p. 337.
 Jiménez, Ricardo.—Cartas, ps. 45, 162, 281.
 Labarca H., Amanda.—Los cuatro, p. 229.
 La colonia norteamericana al niño mexicano, p. 153.
 «La Edad de Oro» en el Instituto de Alajuela, p. 90.
 La escuela-huerta de Neukölln, p. 276.
 La estimación extranjera, p. 244.
 La oración del ejido, p. 17.
 La «Semana del Niño» en las fiestas del Centenario de México, p. 61.
 La voz de los lectores, ps. 11, 53, 81, 109, 116.
 Las ilustraciones de «La Mala Sombra», p. 136.
 Las juventudes de Chile y el Perú se entienden, p. 276.
 Las líneas generales de un método racional de educación física, p. 349.

- Leguía y Martínez, Germán.—Homenaje a Bolívar, p. 114.
- Leyva, Armando.—Poetas y púgiles, p. 8.—Nuestra música, p. 18.—Podrida juventud, p. 277.
- L. L.—Preferencias juveniles por las materias de estudio, p. 98.—Por qué preguntan los niños y cómo se les debe contestar, p. 201.
- Lipparini, G.—Letteratura Latino-Americana, p. 396.
- Lira, Carmen.—Cartas de Juan Silvestre, ps. 96, 118, 178.—La farsa de «El soldado desconocido», p. 243.—Montiel Ballesteros, p. 265.
- Lizaso, Félix C.—José Ortega y Gasset, p. 185.
- Loinaz, Dulce María.—Momento, p. 7.
- López, Jacinto.—La traición en Guatemala, p. 353.
- López, Luis C.—Poemas diversos del Tomo «Por el atajo...», ps. 32, 33 y 48.
- López, Rafael.—Discurso, p. 231.—Los juegos florales, p. 232.
- Los derechos de la juventud, p. 70.
- Lugones, Leopoldo.—Reflexiones, p. 34.—La ley natural, p. 60.—La última carambola, p. 95.—Carta, p. 115.—La Catedral muerta, p. 191.
- Luisi, Luisa.—Poemas diversos del tomo «Inquietud», p. 331.
- Machado, A.—En la fiesta de Grandmontagne, p. 77.
- Maeztu, Ramiro de.—Vida y Romance, p. 174.—El silencio es lo peor, p. 259.—Lamentaciones, p. 285.—El clasicismo y el romanticismo de Ruben Darío, p. 341.—En la hora de las democracias, p. 415.
- Masferrer, Alberto.—Diario neoyorquino, p. 54.—Un ideal para nuestra vida, p. 416.
- Mateus, Luis M.—República-fábrica de Presidentes, p. 241.
- Mayorga Rivas, R.—Ninfa del bosque, p. 294.
- Méndez Calzada, E.—Acercas de los lectores de diarios, p. 257.—Sumarias apuntes etc., p. 344.
- Mensaje, p. 236.
- Mensaje enviado a las Repúblicas Sudamericanas con motivo del Centenario peruano, p. 59.
- Metchnikoff, Olga.—Con León Tolstoi, p. 142.
- México y América Central, etc., p. 331.
- Mientras haya pulque y toros etc., p. 363.
- Mistral, Gabriela.—Carta, p. 318.
- Montalbán, L.—Tierras de Soconusco, p. 357.
- Montenegro, Ernesto.—Ha muerto Díaz Garcés, p. 292.
- Nerto.—Página blanca, p. 287.
- Noticiario, ps. 78, 98, 103, 125, 130, 145, 164.
- Nuestra edición de «La Edad de Oro» en Cuba, p. 63.
- Núñez y Domínguez, J. de J.—Las humildes mentoras, p. 382.
- Ortega y Gasset, José.—Imperativo de intelectualidad, p. 394.
- Pacheco, Napoleón.—Una poetisa cubana, p. 7.—En el Genio Latino, p. 117.—Carta, p. 197.
- Pallais, A. H.—Aquel Padre Villamí, Despidiendo al hermanito menor, p. 20.—Sonetillo, p. 196.—A la niña más linda de la ciudad, p. 209.
- Pérez Treasy, C.—La tía Panchita y mis niños, p. 293.
- Pérez, Dionisio.—Héroes de la espada y del arado, p. 305.
- Pérez de Ayala, Ramón.—El barco viejo, p. 263.
- Picado T., C.—La enseñanza utilitarista, p. 271.
- Plan para interesar las escuelas públicas norteamericanas en una cruzada de salud, p. 109.
- Pontoppidan, Henrik.—El nido del águila, p. 38.
- Potó, Mariano.—Biología cuantitativa, p. 27.
- Puckett, H. W.—Algo nuevo en la educación alemana, p. 413.
- Quesada, Carlos M.—Inquietud, p. 78.—Misión, p. 117.—El artista verdadero, p. 301.—A mi madre, p. 385.
- Rabaud, Etienne.—Fragmento de un prefacio, p. 237.
- Resoluciones del Primer Congreso Internacional de Estudiantes, etc., ps. 346, 375 y 383.
- Restrepo, C. E.—Dignidad espiritual, p. 101.—De un interesante cuestionario, p. 141.
- Révész, Andrés.—Mahatma Gandhi, p. 321.
- Restrepo, A. J.—Defendamos la soberanía etc., p. 366.
- Rittwagen, Guillermo.—La travesía del Desierto, p. 351.
- Robleto, Hernán.—Juegos de niños, p. 287.—El poder de los humildes, p. 288.—Las borriquetas del pueblo, p. 290.
- Rodríguez, Ml. F.—Con Arévalo Martínez, p. 195.
- Rosa, Ramón.—Elogio de don Juan Mora Fernández, p. 1.
- Rusell, Bertrand.—Un pueblo que tiene en más valor la Sabiduría que los Rubies, p. 311.
- Sáenz, Carlos Luis.—¡Oh la lejanía!, p. 87.—Alba sin sol, p. 96.—«Las Dádivas simples», por C. Wyld Ospina, p. 104.—Por las ventanas, p. 186.—Fugacidad (nuevos poemas), p. 301.—Poesías diversas, p. 384.
- Sáenz C., Efraim.—Salutación, p. 19.
- Sáenz Cordero, Manuel.—Costa Rica en el Centenario, ps. 13 y 23.—La fiesta de la raza, p. 80.—Zambrana, p. 203.
- Salas, José Joaquín.—El poema de las hojas, p. 119.—Poesías diversas, p. 273.
- Salaverría, Mariano.—Terminación de la semana científica, p. 211.
- Salazar, M. T.—La Humanidad moderna, p. 398.
- Sanín Cano, B.—Las fronteras morales, p. 325.
- S. B.—Cuestiones hidrológico-forestales, p. 71.
- Schmiedel, Otomar.—La edad de nuestro planeta, ps. 15 y 27.
- Segura, Manuel.—Lejanías, Convalecencia, p. 8.—Colón, p. 177.—Los juguetes, p. 245.
- Sesenta becas para estudiantes de Centro América, ps. 110 y 224.
- Silvano, José.—Las señales de los tiempos nuevos, p. 207.—La impresión ingenua, ps. 226 y 366.—El desarme y Tolstoy, p. 256.
- Smith, L. P.—Poemas, p. 414.
- Solano, V. M.—Anochece, p. 62.
- Sotela, Rogelio.—Dante Alighieri, p. 248.
- Stampa, Gaspara.—¿Qué es amor?, p. 182.
- Stepanek, B.—El espíritu de Jan Ámós Comenius etc., p. 326.
- Sux, Alejandro.—Poesías diversas del tomo «Todos los Pecados», p. 359.
- Tablada, José Juan.—Norte América rudamente juzgada, p. 9.—No todos son petroleros, p. 69.—La muerte del cabaret, p. 175.—Nueva York multiple, ps. 221, 228, 261, 274, 307 y 327.—Estudios indostánicos, p. 319.—México en Norteamérica, p. 404.
- Tablanca, Luis.—Una del montón, p. 48.—Los ojos malignos, p. 219.
- Tagore, R.—La hermana mayor, p. 188.—Conferencia, p. 418.
- Tejera, Humberto.—Poesías diversas del tomo «El árbol que canta», p. 412.
- Tello, Rafael J.—Sanson y Dalila, p. 134.—Manon de Massenet, p. 180.—El Barbero de Sevilla, p. 294.
- Theye, Carlos.—Nutrición nitrogenada de los vegetales, ps. 43 y 84.
- Torres, Arturo.—Consideraciones sobre la educación en Centro América, p. 34.
- Torres Bodet, Jaime.—El alma de los jardines, p. 234.—El poema de la urbe cruel, p. 343.
- Torres Riosco, Arturo.—¡Oh, Maravilla!, p. 48.—Sobre Angel Cruchaga Santa María, p. 78.—Ora pro nobis, p. 88.—¡Oh, Dios mío!, p. 94.—«Parnasos» y otras cosas, p. 198.—Cosas de mío Cid, p. 217.—¿Qué se hizo?, Los grillos, p. 266.
- Tovar, Rómulo.—El caballero d' Orsay, p. 105.—Revelación, p. 125.—La tempestad habla, p. 156.—La charca, p. 176.—Zambrana, p. 205.—Discurso, p. 218.
- Treat, F.—La mujer rusa en 1921, p. 406.
- Tumulty, Joseph.—La política del Presidente Wilson con el tirano Huerta, ps. 208 y 289.
- Twain, Mark.—El granero del grajo azul, p. 154.
- Umaña, Salvador.—Soneto de Salvador Umaña, p. 136.—Del Folk-lore costarricense, p. 152.—Acción de gracias, La concha, p. 245.
- Unamuno, Miguel de.—Mensaje, p. 47.—Don Bartolomé Mitre, español, p. 79.—A la Federación de Estudiantes de Chile, p. 132.—Del «Repertorio Americano», p. 169.—De actualidad, p. 302.—Un llamado, p. 348.
- Un acuerdo importante, p. 385.
- Un juicio de Anatole France sobre Briand, p. 335.
- Urbina, Luis G.—Frente a la casa de gli Alighieri, p. 161.—Manuel Gutiérrez Nájera, el humorista, p. 402.
- Uriarte, J. Ramón.—Labor realizada por la Sociedad de Naciones en el primer año de su existencia, p. 51.
- Uribe, F.—El moderno imperialismo, p. 372.
- Valencia, Guillermo.—Manifiesto a la nación, p. 314.
- Valle, Rafael Heliodoro.—Notas de México, p. 57.—El Doctor von Frantzius, p. 247.
- Valle-Inclán en el Instituto de las Españas, Nueva York, p. 275.
- Valle-Inclán en La Habana, p. 134.
- Van Severen, Julia.—El angelus y En el campo, p. 372.
- Varona, E. J.—El imperialismo yankee en Cuba, p. 309.
- Vasconcelos, José.—Discurso, p. 86.
- Velázquez Bringas, E.—La labor del filósofo mexicano D. Antonio Caso, p. 328.
- Villalobos, A.—Instantánea, p. 302.
- Vincenzi, Moisés.—«Lagunas Taciturnas», p. 131.—El Moto, p. 217.
- Vinyes, Ramón.—Pretextos, ps. 12, 26 y 39.—Luis C. López, p. 409.
- Von Bulow, T.—El ritmo en los fenómenos naturales, p. 390.
- Wells, H. G.—Sobre la Rusia, p. 49.—Paz o Guerra, p. 215.—La futilidad de una simple limitación de armamentos, p. 235.—El salvamento de la civilización, p. 343.
- Wilkinson, M.—Al margen de los caminos, ps. 377 y 386.
- Wrath, Caleb.—Hechos de un mismo metal, p. 3.
- Wyld Ospina, Carlos.—Poesías diversas del tomo «Las Dádivas simples», p. 104.
- Zamora Elizondo, Hernán.—Consejo a la moda, p. 89.
- Zeledón, José María.—Poesías diversas, ps. 316, 317, 318.
- Zeppa de Nolva, M.—La conversión de Giovanni Papini, p. 363.
- Zulen, Pedro S.—El Perú en su primera centuria republicana, p. 65.

REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA MONGE



Biblioteca
TOMO III

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1921 -

Nº 1 - 30

Manga 1922

SUMARIO:

RAMÓN ROSA: *Elogio de don Juan Mora Fernández*, p. 1.—
CALBE WRATH: *Hechos de un mismo metal*, p. 3.—NAPOLEÓN
PACHECO: *Una poetisa cubana*, p. 7.—DULCE MARÍA LOINAZ:
Momento, p. 7.—MANUEL SEGURA: *Lejantas, Convalecencia*, p. 8.
—ARMANDO LEYVA: *Poetas y pugiles*, p. 8.—JOSÉ JUAN TABLADA:
Norte América rudamente juzgada, p. 9.—*El esposo de Mme.*
Curie, p. 10.—*La voz de los lectores*, p. 11.—RAMÓN VINYES:
Pretexto, p. 12.—MANUEL SÁENZ CORDERO: *Costa Rica en el*
Centenario, p. 13.—OTOMAR SCHMIEDEL: *La edad de nuestro*
planeta, p. 15.

Elogio de don Juan Mora Fernández

[Discurso que en la velada lírico-literaria, en celebración del primer Centenario (1) del Benemérito don Juan Mora Fernández, Primer Jefe del Estado de Costa Rica, pronunció el señor Dr. don RAMÓN ROSA en el Teatro Municipal].

SEÑORAS, SEÑORITAS, SEÑORES:

UN hombre que, casi en el decurso de un siglo, ha sido contemplado, con profundo respeto, por cuatro generaciones; un hombre que ha merecido homenajes tan magníficos, por haber representado uno de los principios más altos y progresivos de la civilización de nuestros tiempos; tal es el tema de mi breve discurso; discurso que, a la verdad, no pronuncio, ante sociedad tan selecta, ni por propia iniciativa ni menos por propios merecimientos sino debido a la instancia, o mejor diré, a la merced que me han hecho queridos y respetables amigos míos, que han deseado que, en esta fecha histórica, un hijo humilde de las montañas de Honduras, venga a ocupar esta tribuna que, en honra de una de sus más preclaras glorias nacionales, ha sabido levantar la hospitalidad, la generosa, la culta Costa Rica. (*Grandes aplausos*).

¡Cuánto vale un siglo, aunque éste no sea más que una momentánea palpitación en la vida de los pueblos, en lo infinito de la vida de la humanidad! ¡Cuánto vale un siglo, y más si constituye un gran momento histórico que nos hace recordar las virtudes de un hombre que fuera el formador, el Padre de un pueblo! Costarricenses: in-

clinaos; celebremos el primer centenario del progenitor de vuestra existencia política. Costarricenses: saludad con veneración y con amor, saludad con el alma y con el corazón, el nombre venerable que voy a pronunciar: *Juan Mora Fernández*, el primer Jefe del Estado de Costa Rica, el verdadero Benemérito de la Patria. (*Prolongados aplausos*).

En el estadio social, y en el inmenso campo de la Historia, los hombres no valen sino es por las ideas, por los principios que representan. (*Aplausos*). ¿Qué idea, qué principio representó el Benemérito *Mora*, para que el honrado y liberal Gobierno de este país haya resuelto conmemorar, con inusitada esplendidez, su lejano y fausto natalicio? ¿Qué idea, qué principio representó el primer Jefe de Costa Rica, para que esta sociedad sin distinción de clases, de personas ni de partidos, se muestre solícita y entusiasmada para celebrar el Centenario de aquel Varón insigne? Tan unánime, universal y cumplido homenaje, ¿tiene por origen la idea de que *Mora* haya sido un genio fecundo en creaciones: haya sido un estadista eminente, sabio organizador en lo político, en lo económico y en lo administrativo; haya sido un talento superior, embellecido con las refulgentes luces de la ciencia y del arte? Nada de esto, Señores: ni genio, ni gran estadista, ni superior y

cultivado talento (*Sensación*). Perdonadme lo que os digo en justo acatamiento a la Historia. Perdonadme, yo no puedo ni debo adular. La flor contrahecha y enfermiza de la adulación no será la flor que un montañés republicano ponga sobre la veneranda tumba de un patriota! (*Ruidosos y repetidos aplausos*).

Pero si *Mora* no tuvo las excepcionales visiones del genio, si no tuvo las eminentes y útiles dotes del estadista, si no tuvo los hermosos destellos del superior talento; tuvo algo más que, para el buen Ciudadano, vale más que todo esto: tuvo algo más raro y apreciable en los hombres que llegan a las desvanecedoras alturas del poder: tuvo la representación genuina de un principio, el más sencillo, pero el más humano; el más modesto, pero el más civilizador; el gran principio de la moralidad política, puesto al servicio de la organización y del limpio nombre de la Patria que no era ¡ay! Costa Rica, sino la gran Patria que, tremolando su pabellón azul y blanco como el cielo, se extendía desde Tehuantepec hasta Panamá, y que es hoy, por nuestro mal, nuestra infeliz, nuestra descuartizada Centro-América! (*Prolongados aplausos*).

¡Raro y envidiable privilegio el de los hombres que comparecen ante la posteridad, inspirando, como recuerdo de su vida, una gran síntesis reveladora de su idea y de su ejemplo! La síntesis de la vida de Juan Mora, hela aquí: moralidad política, como ciudadano, y como gobernante. ¡Moralidad política! ¡Qué supina, que sorberbia vulgaridad, dirán los hombres apegados al éxito momentáneo de la fuerza bruta! (*Aplausos*). ¡Qué sublimidad, digo yo, recordando que casi siempre la moralidad política brilla como el sol puede brillar en lóbrega noche; brilla, ¿sabéis cómo, señores? Brilla por su completa ausencia... (*Risas y grandes aplausos*).

Contemplemos, siquiera sea por algunos momentos, la figura varonil, serena e inmaculada de Mora para ver si como dicho está, supo representar el gran principio de la moralidad política. Como hombre y patriota tuvo firme apego a la causa de nuestra Independencia: consumada nuestra emancipación política, en mérito de sus cualidades de íntegro y liberal ciudadano, fué electo unánimemente, en

(1) Nació don Juan Mora el 12 de julio de 1784.

1824, primer Jefe del Estado: gobernó en paz y en justicia: respetó e hizo respetar las garantías individuales y políticas de los Costarricenses, siendo fiel al régimen de las instituciones federales de la República. Sin seducciones y sin amenazas, los pueblos agradecidos lo eligieron por segunda vez, Jefe del Estado: continuó su gobierno bajo los auspicios de la legalidad y de la democracia; y cuando terminó su período quisieron sus conciudadanos elevarlo, por tercera vez, al Poder; pero la Constitución se oponía a su deseo, y Mora no era hombre para aceptar nada que fuese anticonstitucional. (*Aplausos*). Dejó, pues, la envidiada silla presidencial, no para ir al destierro o al patíbulo como acontece a muchos de los tiranos, salteadores de presidencias; (*Grandes aplausos*) sino para ir a su honrado y modesto hogar, llevando la conciencia tranquila, y con los testimonios de la gratitud pública, y con las augustas bendiciones de los pueblos. (*Prolongados aplausos*).

Más tarde Mora tuvo el inmenso dolor de ver a la República Federal despedazada, arrojada a los abismos de una completa desorganización, debido a las estúpidas y criminales revoluciones a que se lanzara la reacción liberticida, reacción que tenía el maridaje infame de los dos elementos más tenebrosos y adversos del progreso y la felicidad de los pueblos: la superstición que embrutece, y el privilegio que anula el derecho. Y cuando Mora vió espectáculo tan triste, a la República en ruinas, no buscó el éxito, no se afilió a las turbas de las mayorías triunfadoras. Todo lo contrario: se puso de parte y hasta fué Vice-Jefe de aquel gran batallador, de aquel héroe de cien combates, que nunca quiso la dictadura por querer siempre la libertad de los pueblos; que nunca quiso, como separatista, ser amo y Señor de un miserable *cacicazgo*, por querer siempre la gran Patria que alumbrara el Sol de Septiembre de nuestra Independencia; de (*Aplausos*) aquel abnegado Repúblico, del inmortal Morazán, que ha sido, es y será, así en nuestros días de derrota, como en nuestros días de triunfo, la inspiración viva y radiante de los hombres libres que se asientan en este grande y hermoso Istmo de América (*Aplausos*). ¡Mora, Morazán! Personificación el primero de la acrisolada moralidad política; genio el segundo de las batallas y de las excepcionales visiones republicanas. ¡Mora, Morazán! Si los débiles ecos de los vivos llegan a dilatarse, a través de las tumbas, y a impresionar y a commover el espíritu de los que fueron, regocijaos. Tu pueblo honrado y laborioso hoy glorifica tus virtudes, Ilustre Mora; y allá en mi

amado pueblo, en Tegucigalpa, mi nido de águilas, Morazán vive en el pensamiento y en el corazón de todos los libres, y sus glorias están inmortalizadas en los blancos mármoles de Carrara y en los eternos bronceos! (*Grandes y prolongados aplausos*).

Si queréis que os ponga de relieve lo que fué la moralidad política de Mora, recordad conmigo algunos de sus rasgos más geniales. Decía a sus conciudadanos cuando esperaba alguna perturbación en el Estado. «No seáis sencillos; si queréis revolución, avisadme para dejar el poder, y así con-

Esa vida fecunda en bienes para sus compatriotas; esa existencia gastada por los continuos trabajos de la inteligencia;—esa consagración sin límites por el bien público; que le llevó a ser desde pobre mercader a dignísimo representante de un pueblo en los Congresos de la Federación y en las Asambleas Nacionales;—desde humilde maestro de escuela a excelso Jefe de la patria que tanto amaba;—desde simple Secretario de una Municipalidad hasta venerable Regente de la Corte Suprema de Justicia; tantos generosos servicios bien merecen un tributo eterno de gratitud de sus conciudadanos,—de todos los hombres que aman la virtud, la constancia, el patriotismo y ese genio patriarcal, que eleva a los seres privilegiados sobre el torbellino de las sociedades.

(*El Eco de Irazú*, 16, XII, 1854 Necrología de don Juan Mora).

cluirá todo sin necesidad de lágrimas y sangre». Y anticipando el noble ejemplo del gran Rey de los Belgas, con su sincero desprendimiento, con este pararrayo del patriotismo hacía impotente la electricidad de la atmósfera revolucionaria, e impedía el estallido de crueles y devastadoras revoluciones! Dió un famoso decreto reduciendo a número insignificante la guardia de su persona, y de hecho, llegó, en absoluto, a no tenerla. Como se le preguntara, por qué procedía de esta suerte, respondía: «Yo no necesito de guardia: mi guardia debe estar en el amor y en la moralidad de los pueblos». Qué magníficas, qué sublimes palabras, dignas de que las grabéis, por doquiera, en bronceos impecados! (*Aplausos*).

Por fin, no siendo ya Jefe del Estado, sino Magistrado íntegro de la Corte de Justicia, tratóse de imponer injusto destierro a los señores, mi querido e ilustre amigo, Doctor Castro, y General Flores, ecuatoriano, cuyos nombres son ya del dominio de la

Historia. Mora protestó enérgicamente contra el atentado, y fué tal su energía, que la protesta fué atendida. Entonces de los labios del General Flores salieron estas palabras memorables: —«Este hombre es un Catón en defensa de las garantías individuales». Qué honrosísimo juicio, y más pronunciado por Flores, por el guerrero de la independencia sudamericana, por el amigo de Bolívar, y más tarde, por su mal, el desgraciado protegido de los Borbones para restablecer la maldecida monarquía en América. (*Prolongados aplausos*).

He acabado de presentaros la figura simpática de Mora en su bella y republicana sencillez. No olvidéis que si su nombre y sus hechos, a despecho de los tiempos han llegado hasta nosotros, ha sido porque obedeció a la fecunda inspiración de la moralidad política, que significa: probidad en la gestión de los negocios públicos, fe en la libertad, amor a la justicia, y respeto profundo a los derechos del hombre y del ciudadano. El primer Jefe de Costa Rica, que en vida mereció el honrosísimo título de Benemérito de la Patria, después de sus días, y casi, a través de un siglo, os da una grande enseñanza: *Moralidad política*. Grabadla en vuestra mente y en vuestro corazón, y modelad por su ejemplo todos vuestros actos, para que este querido pedazo de tierra centroamericana sea, en lo porvenir, la tierra clásica del trabajo, de la honradez, del derecho y de la hermosa libertad; para que en ella, ni por la fuerza de los despotismos, ni por la fuerza de las revoluciones, nunca sobrevengan desventuras públicas que hagan derramar lágrimas y sangre; y para que en ella se asegure, por el acatamiento al derecho, la inmortalidad del nombre de un gran pueblo, como asegurada está, por sus virtudes insignes, la inmortalidad del nombre de Juan Mora, nombre que, mientras Costa Rica sea, será blasón y orgullo de sus nobles hijos! (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

Llamado el orador, repetidas veces, y con entusiastas aplausos, se presentó de nuevo en la tribuna, y dió las gracias con las palabras que siguen:

Señores:

Gracias por vuestra benevolencia; mil y mil gracias por vuestros aplausos que estoy muy lejos de merecer. Desde esta noche, que nunca olvidaré, sé que tengo en vosotros un público amigo, generoso. Yo trataré de corresponderos. Si vuelvo a ocupar esta tribuna os diré muchas cosas del alma que, en algo, satisfagan a vuestras ideas y a vuestro corazón. (*Aplausos*). Pero si queréis ser todavía más galantes, ni un aplauso más para mí: os pido,

en cambio, que deis un bravo y un aplauso a esos hermosos lirios del Valle josefino (*señalando a los palcos de las señoras*) que perfuman la pura atmósfera que nos envuelve, que es la atmósfera del ferviente patriotismo! Un

bravo y un aplauso a las bellas costarricenses que honran esta velada, y que dan vida y dulce inspiración a nuestro pensamiento! (*Bravos y ruidosos y repetidos aplausos*).

(*Revista de la Universidad, Tegucigalpa*).

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

HECHOS DE UN MISMO METAL

POR CALEB WRATH

LA opaca luz de una mañana fría y húmeda bañaba ya los tejados de la vieja ciudad y comenzaba a filtrarse por los cristales polvorientos de las *tabatières*, ventanillas que se abren hacia afuera, como las cubiertas de las tabaquerías, sobre los techos inclinados, cuando tocaron a la puerta del *grenier* de Rúpert Crócker.

A la media luz que reinaba en la bohardilla todo era confusión quieta y silenciosa. Un caballete de pintor se inclinaba y torcía en un rincón; y sobre la mesa, las dos sillas y el piso sin alfombra estaban tirados indiferentemente lienzos, libros, prendas de vestir, y, aquí y allá, una paleta o un vaso erizado de pinceles.

Tum... tum... tum... los golpes dados en la puerta eran cada vez más recios. Al fin los cobertores de la cama se levantaron lentamente, y por debajo de una de las puntas apareció despabilándose un rostro joven y delicado.

El joven se levantó tiritando, y en su traje de dormir se encaminó a la puerta, andando de puntillas sobre el pavimento frío.

Era la *concierge*.

—*Une dépêche, monsieur*,—dijo entregándole un billete azul.—*Elle vient d'arriver*.

—*Merci, madame*.

Cerró la puerta y corrió de nuevo a refugiarse en la cama.

—¿Quién diablos puede enviarme un telegrama?—pensó, pues todos sus conocidos vivían en el *quartier* limitado por el río y el Boulevard Montparnasse, la Rue des Saints-Pères y el Halle-aux-Vins, es decir, a quince minutos de distancia.

RÚPERT CRÓCKER, 19 RUE VALETTE, PARÍS. TU PADRE GRAVEMENTE ENFERMO. VEN. TU MADRE.

—¡Un telegrama!... ¡De casa!...

Por primera vez en varios meses su

pensamiento voló a la pequeña y tosca ciudad nativa de Pensilvania, llena de fábricas. Vió a su padre y a su planta de fundición. Era imposible pensar en ellos separadamente: la vida de su padre habíase confundido con la de sus talleres. Y el viejo estaba enfermo... Era extraño. Cuadrado de hombros y de quijadas, y ancho de pecho, era todo huesos y músculos, y siempre le había parecido tan robusto como un toro. De súbito dilatáronse las narices del mozo, su delicada faz se endureció y el antiguo resentimiento hacia su padre se reanimó en su pecho.

Era algo que nunca acertó a comprender por completo. Jamás había sentido lo mismo hacia su madre: los dos se habían comprendido. Y sin embargo, cuando niño había ansiado especialmente el afecto de su padre. Era como si el duro y rudo fabricante, insensible a la delicada naturaleza del muchacho, hubiera desdeñado su «blandura» y le hubiera negado ásperamente el cariño que su hijo solicitaba. Rúpert recordó con amargura que un día, cuando apenas tenía cinco años, su padre lo llevó a la fundición en momentos en que estaban fundiendo. El metal líquido saltaba de la gran paila a los moldes de arena; y, como el niño retrocediera llorando, su padre le gritó enojado: «¡Quieto! ¡Si tuvieras más hierro de ése en las venas, podríamos hacer de ti un hombre!»

Rúpert volvía a ver a su padre tal como se le apareció durante la última escena entre ambos. Recordaba los penetrantes ojos grises, el fuerte cuello desnudo, las ásperas mejillas tan rubicundas que las venas resaltaban en ellas y en los lados de su gran nariz, y las fuertes y groseras manos de John Crócker que accionaban con énfasis al tiempo que decía:

—Cualquiera que sea el oficio que

escojas, no llegarás a ser nada sin un período de aprendizaje. Si crees que debes ser un artista e ir a estudiar a París, no me opongo; por el contrario, te pagaré el pasaje y te daré algún dinero para que comiences. Pero si, como siempre lo he deseado, vienes a la fábrica a trabajar conmigo, no debes imaginarte que vas a hurtarle el cuerpo al trabajo fuerte. Te concederé seis meses de aprendizaje en el departamento de máquinas y otros seis en la fundición. Eso es más de lo que yo estuve en cada uno, pero creo que será suficiente para probar si sirves o no para algo. Ahora tú decidirás.

Rúpert estaba decidido. La fundición y las máquinas no se habían hecho para él. Durante su adolescencia, el resentimiento hacia su padre había llegado a abarcar cuanto parecía más característico del hombre: su taller de fundición, su parda y rústica ciudad industrial y su basto materialismo. Arrebatado por un espíritu de rebelión contra todo esto, el muchacho se había refugiado en el arte, y dos años atrás vino a París lleno de esperanzas. Había trabajado con ardor, espoleado no solamente por el amor a la pintura, sino también por el deseo de vindicarse a sus propios ojos. Y era principalmente el desdén de su padre el que lo estimulaba. Había conseguido un triunfo secundario con el interior de una fundición, cuadro nacido de sus recuerdos de la infancia. La tela atrajo algo la atención en el Salón y después se la vendió a un traficante en cuadros.

El telegrama se le cayó de la mano, y Rúpert principió a trazar nerviosos dibujos sobre el polvo de la pared inclinada que le quedaba enfrente. No deseaba regresar a los Estados Unidos. Apenas empezaba a adelantar, y en su patria no encontraría más que desaliento. Imaginaba el frío desdén del padre cuando supiera que su hijo había estado a punto de morir de hambre, y que los años de trabajo sólo le habían valido un éxito insignificante. Preguntaría en cuanto había vendido Rúpert el cuadro:

—¿Seiscientos francos?... ¡Magnífico! Ese era casi el precio de una tonelada de hierro colado... ¡Y por dos años de trabajo! ¡Ah, muchacho! ¡A ti no te va muy bien!

Estremeciéndose, Rúpert saltó de la cama y se quedó de pie contemplando la chimenea que bostezaba ante él, negra y vacía. Miró en torno suyo buscando leña. No había. Sus ojos tropezaron con una de sus antiguas telas... Bueno, ¿por qué no? No podía negarse a volver a casa, y si iba, no llevaría los cuadros consigo. No valían la pena: obras de principiante cuando más. Arrancó brutalmente el lienzo del marco de madera y lo echó al

hogar de la chimenea; enseguida, el marco. Y luego otro y otro. Dos años de trabajo principiaron pronto a chisporrotear detrás del enrejado de la chimenea, y Rúpert, agazapándose cerca del fuego en su traje de dormir, comenzó a trazar con desconsuelo los planes de su regreso: primero que todo, la agencia de vapores; luego enviaría un mensaje anunciando la fecha en que debía partir.

II

AUN no había zarpado del Havre el vapor francés en que viajaba, cuando ya Rúpert empezó a arrepentirse de su resolución. Así como durante dos años había encontrado en el arte y en la bohemia del barrio latino un refugio seguro contra las cosas que le mortificaban en su padre, del mismo modo se las recordaban ahora los americanos que viajaban a bordo.

Había entre ellos una multitud de comerciantes que regresaban de París con las modas de primavera, y mientras los veía pasearse por el puente reflexionaba desdeñosamente: «los Estados Unidos de nuevo: menguada noción del arte para crear modas por sí misma, de modo que viene a copiar lo que París inventa». A lo largo de los puentes paseábanse los comerciantes norteamericanos, los más de ellos poniendo a Francia de oro y azul y discutiendo interminablemente sobre importaciones, exportaciones, dólares y dividendos. «Lo mismo haría mi padre de hallarse aquí», pensó Rúpert con amargura. Después del primer día, se apartó de los demás pasajeros y buscó la soledad en una lancha salvavidas, en la cubierta superior.

En una ocasión, después de comida, fuese al fumadero, a saborear un *liqueur* con su café. El sitio estaba lleno de bullangueros compatriotas, entregados a una vergonzosa orgía final, antes de llegar a la tierra de la prohibición. Zampábanse un *cock-tail* tras otro con jactancia grosera, como muchachos precoces que se la echaran de hombres. Rúpert recordó análogos excesos en que su padre había incurrido. Nunca volvió por el fumadero.

Al fin, una mañana, llegaron a Nueva York. En la cubierta todo era bullicio y alboroto. Los sirvientes sacaban los baúles de los camarotes, y los pasajeros se agrupaban extáticos a las barandillas. Al lado de Rúpert encontrábase un caballero de grandes mandíbulas y papada bien afeitada que ostentaba un tinte azulado. Cuando apareció la estatua de la Libertad, el caballero tosió, aclarándose el pecho:

—¡La misma tierra de Dios!—exclamó.—¡Nuestra querida patria!—

Y miró con placidez hacia Rúpert, como solicitando su aprobación.

—Eso es lo mismo que diría mi padre, caballero,—contestó Rúpert, apartándose de allí.

Una hora más tarde había pasado por las formalidades de la aduana e iba en un automóvil con su equipaje. Mientras contemplaba la orilla del río, pensaba en los tranquilos *quais* del Sena, donde los botes se deslizan perezosamente y puede uno curiosear por horas enteras el contenido de los puestos de los libreros de viejo. Pero a uno y otro lado irguiéronse pronto los grandes edificios del comercio de Nueva York: espléndidos y fríos monumentos de la vida mercantil de la nación. Y fué exhalando un suspiro de alivio como se echó al cabo en un asiento, al lado de una ventanilla, en el tren que debía conducirlo a su casa. Pero aun allí lo hostigó una interminable sucesión de carteles de anuncios. Entre un aviso de medias de seda y otro de píldoras hepáticas, divisó un cartelón que promulgaba esta divisa: «Dios es amor».

¡Así crean ellos una moda aun para la propaganda de su religión por medio de anuncios,—pensó Rúpert. El «ellos» era inconciente, pues en su espíritu él se desligaba de los Estados Unidos y los consideraba como si fuera un extranjero. Pero aunque no se percatara de ello, esta implacable notación de todo lo trivial y lo material, de todo lo desprovisto de alma en los Estados Unidos, era un esfuerzo involuntario por justificar su alejamiento de su padre. Pues en la vida y carácter de su padre encontraba un resumen de todo cuanto censuraba en los Estados Unidos. Fué el áspero rechazo de su temprano afecto de niño el que condujo a Rúpert, años atrás, a reprimir el cariño por su padre y a

ver con malos ojos todo lo que le evocaba su frío y crudo materialismo.

Rúpert cambió de tren y cuando se aproximaba a su casa, sus pensamientos se volvieron a ella. Preguntóse qué haría al llegar. Era probable que encontrara a su padre restablecido y entregado a sus faenas. Había tenido vagas esperanzas de encontrar un telegrama a su llegada a Nueva York, pero no encontró ninguno. Probablemente a su madre no se le había ocurrido que podía enviar uno al vapor. Y comenzó a pensar en ella.

Era una mujercita delgada, cuyo rasgo predominante de carácter era una dulzura suavemente sumisa. De ella había heredado Rúpert la pequeña estatura, la delicadeza de la piel, la suavidad del cabello y el amor por la belleza. En sus relaciones con el hijo la dominaba enteramente su marido; y Rúpert sabía de antemano que el modo como le daría la bienvenida sería preparando y colocando tímidamente delante de él los mismos platos de que más gustaba cuando niño. ¡Pobre y sencilla madre! ¡No acertaba a comprender que ya el hartarse de dulce de gengibre no era para él la más alta delicia que puede alcanzarse en este mundo!

Al cabo llegó a su destino y salió del tren. Dió órdenes en la estación para que le enviaran su equipaje y se marchó a pie. Encontró a la ciudad tal como recordaba haberla dejado: tosca e indeciblemente fea, con sus sucias hileras de casas de obreros y sus fábricas vomitando humo.

Desde lo alto de una colina contempló la planta de John Crócker y Compañía, fundidores y fabricantes de máquinas, que se extendía en una media docena de acres de terreno. Las chimeneas vomitaban humo y al través de una de las enormes puertas percibió el brillo rojizo de una corriente de metal en fusión y comprendió que estaba cayendo en los moldes de arena. En esa planta la turbulenta vida de su padre habíase vertido también año tras año, para tornarse a la postre dura como el hierro y modelada según las necesidades de la industria. Se preguntó cuál iba a ser su propia vida. ¿Perseveraría, a pesar de la prohibición de su padre, luchando por alcanzar el triunfo en el arte? Volvióse bruscamente y echó a andar.

En las afueras de la población, un poco apartada del camino, estaba la casa de los Crócker, de tres pisos, y frabricada de ladrillos duros. Una mujer que estaba atisbando por una de las ventanas de arriba lo observó y se marchó adentro. Casi al momento se abrió la puerta de entrada y su madre salió al vestíbulo a recibirlo. Tenía el rostro delicado y redondo, la boca resignada y paciente; y notó, al

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	\$ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas).....	4-00 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

verla avanzar hacia él, que estaba pálida y que tenía ojeras violáceas bajo los ojos oscuros. Al momento se encontró en sus brazos.

—¡Oh, Rúpert! ¡Rúpert!—sollozó. —Ayer... ayer por la mañana... murió tu padre.

III

EL primer efecto de las malas noticias, como el primer efecto de un golpe fuerte, es casi siempre el aturdimiento. Sólo después viene a saberse el estrago que han causado. Tras una primera y rápida ojeada al rostro de su madre, Rúpert apretó su mejilla contra la de ella. No quería mirarla a los ojos. Por varios momentos permanecieron así, Rúpert con los brazos ceñidos alrededor de su madre, mientras miraba sin ver, como deslumbrado, por encima de su hombro. Después de un rato se dió cuenta de que estaba mirando algo y vió que era una gorda gallina del vecindario que vagaba por el campo, balanceando la cabeza inquisitivamente, como buscando que comer.

—Ven, mamá,—dijo al fin, sencillamente, y la siguió al interior de la casa, en silencio. La mujer a quien había visto en la ventana se les reunió en la sala. Tenía puesto ahora el sombrero.

—Mrs. Crócker, —dijo con tono bondadoso,—no me quedo más tiempo en vista de que ya tiene usted a su hijo en casa; pero vendré por la mañana temprano, por lo que pueda ofrecerse.

—Muy bien, Mrs. Doyle, muchas gracias,—contestó su madre.—Ha sido usted muy bondadosa al venir a acompañarme.

La mujer se volvió hacia Rúpert y le habló gravemente:

—Es un triste regreso el que usted ha tenido, joven; y siento que haya perdido tan buen padre.—Se detuvo un segundo. Luego, tomándole la mano y apretándosela con fuerza, agregó en voz baja:—Tal vez le haga falta algún día.

Cuando cerró la puerta tras ella se detuvo con la mano en la manecilla.

—¿Te acuerdas de Mrs. Doyle, Rúpert?—preguntó su madre.—Vive allí al lado desde... desde mucho antes de que te fueras.

—Sí, mamá;—contestó distraído. Preguntábase qué habría querido decirle con aquello de «tal vez le haga falta algún día». ¿Opinaba acaso como ella toda la ciudad que él era un alfeñique?

Vino luego el relato de la enfermedad de su padre y algunas preguntas acerca de su

propia salud. Después madre e hijo guardaron silencio. Tenían muy poco que decirse. Por último su madre le anunció que su cuarto estaba listo y que ella iba a preparar la comida. Él se marchó silenciosamente escaleras arriba.

El aposento de su padre estaba en el segundo piso; y tenía la puerta significativamente cerrada. No entró.

Su propio cuarto estaba en el tercer piso. Había sido suyo desde que estuvo bastante crecido para dormir solo, y mientras subía las escaleras recordó cómo su padre acostumbraba llamarlo por las mañanas desde el pie de la escalera.—«¡Ooh! ¡hijo!»—era como lo llamaba siempre.

La comida fué tétrica. Su madre había preparado molletes de maíz, que sabía le gustaban mucho, y él se atracó de ellos, mientras su madre, sin probar casi la comida, permanecía sentada frente a él. Cuando terminaron, la ayudó a llevar los platos a la cocina. Nunca habían tenido criada, y aunque hacía años que había pasado para ellos la época en que la falta de dinero les impedía tenerla, Ráchel Crócker prefería hacer, ella misma, los oficios domésticos y dirigir su casa, como su esposo había dirigido la fábrica, sin que nadie la contradijera. Mientras preparaba el agua para los platos Rúpert permaneció a su lado cohibido; y fué ella quien lo sacó de su embarazo diciéndole:

—Rúpert, desearía que buscaras un papel que debe estar en el escritorio de tu padre. Es el título del terreno de la familia en el cementerio. El empresario de entierros lo pidió esta mañana.

Fué él a la pequeña sala de lectura de su padre, y, al abrir la puerta y encender la luz, los objetos familiares parecieron salir a su encuentro, despertando memorias de tiempo atrás olvidadas. Todo evocaba a su padre. Era aquél el único aposento de la casa que su madre no trató de arreglar nunca. Allí estaba, ante el escritorio, el viejo y gastado sillón de cuero; casi

podía ver a su padre sentado allí ahora; allí estaba, sobre la repisa de la chimenea, la pipa de su padre. El reloj sobre la chimenea, se había parado y recordó que era su padre quien le daba cuerda siempre.

Al abrir la gaveta del escritorio, contuvo el aliento. Adentro todo estaba colocado en orden, de una manera rudimentaria, y todo hablaba de su padre. Había unos enseres de pesca, y la memoria de Rúpert retrocedió a aquellas tardes del sábado en que, de niño, acompañaba a su padre cuando iba a pescar. Eso fué antes de que se alejaran uno de otro.

Había, además, una multitud de cartas, atadas, con seguridad pero con torpeza masculina, en un haz abultado. Las miró con curiosidad. Estaban dirigidas a su padre con letra de su madre; y echando una ojeada a la fecha de los sobres, hizo un cálculo rápido: eran anteriores a su matrimonio. Por primera vez pensó Rúpert en la vida de su padre antes de que él viniera al mundo y en la larga unión con su madre. Agresivo, dominador, impaciente, su padre había sido impetuoso y violento entre los hombres, y había tratado a su hijo como a un hombre. Solamente a su esposa, tan serena y visiblemente sumisa, había demostrado tosca y embelesada ternura. Nunca comprendió su delicada reserva, y quizás por la misma razón nunca comprendió a su hijo. Más entendía de hombres hechos y derechos, y de hierro y acero.

Detrás de las cartas Rúpert encontró un envoltorio de papel de seda. Cierta vago recuerdo lo indujo a abrirlo. Contenía un pequeño bosquejo que Rúpert mismo había hecho cuando apenas tenía ocho años. Ahora recordaba que lo trajo orgullosamente de la escuela y se lo ofreció a su padre como regalo de cumpleaños.

—Papá,—díjole,—yo voy a ser un artista. Mi dibujo fué el mejor de la clase... Si tú pudieras ser el mejor del mundo en algo, ¿qué te gustaría más ser: el mejor tirador, el mejor jinete o el mejor artista?

Los ojos de color azul grisáceo brillaban mientras sostenía apartado en una mano el dibujo infantil, examinándolo con mirada crítica...—Me parece, hijo,—contestó,—que más me gustaría ser el mejor padre». Y luego frunció el ceño enojado, como desaprobando esta repentina manifestación sentimental sin precedente.—Pero tú deseas ser un artista, ¿no es eso?—agregó con sequedad.—Bueno, no podemos hacerte un artista, pero sí podemos ayudarte.

Rúpert comprendió con tris-

¢ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ¢ 50 c/u.

Si el número del ticket de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

teza que su padre había cumplido su promesa.

Al fin encontró el papel que andaba buscando y se lo llevó a su madre. Ella no había dormido la noche antes y encontrábase extenuada por los largos desvelos. El funeral sería al día siguiente.

Cuando lo besó, al despedirse por la noche, creyó que iba a decirle algo, pero no fué así. La barrera de reserva subsistía entre los dos y Rúpert se sorprendió al ver cuán poca confianza tenía en él su madre. Parecía reconcentrada en sí misma y en los recuerdos del hombre que durante más de treinta años había sido su compañero. Rúpert pensó que él no había sido, después de todo, más que un episodio de su amor, como el pajarillo que nace, crece y se marcha volando: el amor de sus padres había sido anterior y había sobrevivido a su advenimiento. Pero cuando subió a su cuarto, se preguntó si su padre habría hablado de él antes de morir.

Estuvo largo rato despierto pensando en su padre.

A la mañana siguiente su madre no lo llamó, y cuando se despertó era tarde. Se vistió de prisa y bajó a buscarla en el corredor. Recibía ella en ese momento una gran corona de flores envuelta en papel, y, al cerrar la puerta, se volvió a Rúpert. Él notó que su madre tenía los ojos llorosos.

—La enviaron los obreros de la fábrica,—dijo.—Dos de ellos la trajeron. Preguntaron si podían venir antes de los oficios para ver a tu padre. Les dije que vinieran a cualquier hora antes del mediodía. Ya sabes que los oficios no son hasta las tres.

Se quedó como esperando que él dijera algo; y luego, indicando la ofrenda de flores preguntó:—¿No podrías tú arreglarla? Tu sabes mucho más de eso que yo. Los hombres de la agencia funeraria vinieron ya y lo bajaron. Todo está listo en la sala.

Rúpert tomó el paquete y se fué allá. Sorprendiólo la gran cantidad de flores que había. Los parientes y amigos debían haberlas enviado por la mañana; pero eran tantas que no parecía sino que cada habitante de la ciudad hubiera enviado las suyas. Se acercó al féretro y contempló el cadáver. Largo tiempo permaneció allí, como si hubiera querido imprimirse indeleblemente en el alma la imagen de su padre. La fornida quijada, el cuello de toro, el áspero cabello gris eran los mismos que recordaba; solamente que los ojos risueños estaban cerrados y las mejillas, que siempre habían sido tan rubicundas, estaban ahora pálidas. Lo sorprendió la desconocida emoción que surgía de su ser, y trató de desecharla. Por último comenzó a sacar la corona de su envoltorio.

Era enorme y abominable, de pésimo gusto, hecha de cuentas de vidrio; formada con cuentas doradas estaba la palabra: «Bienvenida». Sintió un impulso frenético de rabia y estuvo a pique de lanzar la corona lejos de sí. Después se le ocurrió que podía disimularla debajo de las demás flores. Sus ojos tropezaron entonces con una tarjeta atada a la corona por una cinta blanca, con una inscripción: «A John Crócker: sus empleados». Rúpert vaciló, detenido por un impulso más poderoso que su sentimiento del arte. Luego, lenta mente, sin saber bien por qué lo hacía, colocó la horrenda corona en lugar preeminente, al lado del ataúd.

IV

POR primera vez, durante muchos años, la fábrica permaneció silenciosa un día de trabajo.

Ese mismo día casi un millar de empleados desfiló solemnemente ante el féretro. Acudieron por su propia voluntad, embarazados dentro de sus trajes domingueros. Un poco después de las once, comenzaron a llegar, en grupos de dos y tres, y luego en partidas más numerosas, hasta que al cabo hubo una corriente continua de hombres que entraban por la pequeña puerta, sacudían los zapatos en el felpudo, y con el sombrero en la mano pasaban gravemente ante el féretro del hombre a quien muchos de ellos conocieron desde su niñez.

Arriba, en el aposento de su padre, Rúpert estaba solo, escuchando el sordo rumor de pasos. Recordó que en todos los veinte años en que su padre fué superintendente de la firma, no habían ocurrido allí huelgas. Cuando había inconvenientes los trabajadores se presentaban francamente a John Crócker y le exponían sus quejas. Como había sido él mismo un obrero y tenía noción cabal de la justicia ejecutiva, había accedido a veces a sus demandas. Otras veces las había rechazado, y entonces hasta los escri-

bientes de las oficinas exteriores habían temblado cuando su voz profunda retumbaba en la discusión y sus tremendos puñetazos ponían a saltar los tinteros de su escritorio. Pero había sido el orgullo de su padre que mientras las huelgas y los cierres habían sido frecuentes en otras plantas, y más de una vez fué menester acudir a la policía militar del estado, él y sus empleados habían arreglado sus propias disputas discutiendo abiertamente y para mutua satisfacción. Rúpert meditaba en esto mientras escuchaba el sordo rumor de pisadas en el corredor de abajo. ¿No acabaría nunca el desfile? Americanos y lituanos, rusos y polacos, todos habían venido con un solo objeto: a honrar la memoria del hombre para quien habían trabajado y a quien habían respetado.

Los oficios religiosos fueron breves; y cuando el ministro anunció su texto: «No alleguéis para vosotros tesoros sobre la tierra», a Rúpert no le pareció inadecuado. Todos los incidentes que habían producido en él despego hacia su padre tornábanse insignificantes. Véalo de una manera nueva, y según que las firmes modulaciones de la voz del ministro subían y se apagaban, Rúpert comenzó a trazarse, lo mejor que pudo, un esbozo sucinto de la vida de su padre. Vió retrospectivamente la dilatada lucha que había sostenido.

Mecánico de alguna habilidad, John Crócker se había abierto paso por medio de su esfuerzo sin tregua, su fino sentido común y su honradez a toda prueba. Rúpert recordó su concepto de la lealtad a sus asociados en los negocios y su justicia imparcial con sus empleados. Pensó en el perdurable amor de su padre por una sola mujer y comprendió los largos años de recio trabajo que precedieron al logro de una posición de importancia en la vida industrial de la comunidad, y de la responsabilidad que sobrevino con ella. Vista de ese modo, la vida de su padre no carecía de ruda

¡SALVESE DEL TRANCAZO!

Combata esos primeros síntomas tomando

Bromoquinoides

Preparados por la

SAN JOSE

BOTICA FRANCESA

COSTA RICA

dignidad, de cierto elemento de inculto patriotismo que no había comprendido antes.

Todavía con los ojos secos, Rúpert acompañó a su madre en el coche hasta el cementerio. Allí, en un sitio desde el cual se divisaba la planta que había sido la obra de su vida, fueron depositados los despojos mortales de John Crócker. Después, madre e hijo tornaron a casa, y al marcharse los parientes y amigos, se quedaron sentados juntos y silenciosos. Al cabo de un rato Rúpert pasó el brazo por la cintura de su madre. Se preguntaba tristemente si su padre había hablado de él antes de morir; y la idea de su desacuerdo se le había convertido en un peso insoportable.

Por último su madre se volvió hacia él.

—Rúpert,—dijo.

—¿Qué, mamá?

—Quiero decirte algo... acerca de tu padre. La noche antes de su muerte estuve a su lado hasta muy tarde. Entonces, cuando vi que dormía tranquilamente fui a descansar en el aposento desocupado. Dormí más de lo que pensaba, pues cuando me desperté estaba rompiendo el alba... ¿Recuerdas tú, Rúpert, cómo acostumbraba llamarte tu padre? ¿Cómo te llamaba desde el pie de la escalera todas las mañanas, durante todos los años que viviste aquí? Bueno: eso fué lo que me despertó. Te estaba llamando: «¡Ooh, hijo!», como acostumbraba hacerlo antes, y lo encontré de pie, en traje de dormir, como si acabara de levantarse, o mirando hacia arriba, hacia la escalera, como si esperara que tú le respondieras. «Rúpert no está allí, John», le dije. Creo que no me comprendió bien, pues cuando me lo llevaba a la cama de nuevo, me declaró: «Sólo quería hablarle de ese cuadro».

Rúpert sintió de súbito que se le apretaba la garganta, y alzó la mirada. Tenía los ojos arrasados en lágrimas que descendían quemantes por sus mejillas. Su madre se había levantado y, haciéndole señal de que la siguiera, se dirigió a su propia estancia. Allí, en la pared, frente al lecho de sus padres, estaba colgado el cuadro que él había pintado en París, el único cuadro suyo que había tenido éxito.

Su madre hablaba lentamente y con dificultad:—Vió una reproducción en una revista industrial y no descansó hasta adquirir el original. Primero lo colgó sobre su escritorio en la fábrica; pero cuando enfermó, ordenó que se lo trajeran aquí. Nunca habló de él; pero a veces permanecía en el lecho contemplándolo, durante horas enteras. Cuando lo llevé de nuevo a la cama, pareció recobrarse: «Ráchel», dijo, «ese es un gran cuadro. Sí, se necesi-

taba al hijo de John Crócker para que lo pintara. ¡Mira, si no; mira el hierro fundido que sale del horno y a los obreros desnudos de la cintura arriba! ¿No sientes claramente el calor? ¿No hueles el sudor que les corre por la espalda? ¿No oyes el estridor de las grúas arriba y el estrépito del gran

martillo dominándolo todo?... Ráchel, dile... dile que estoy orgulloso de él. Era de mejor metal de lo que creía, de tan buen metal como su padre. Sí; estamos hechos de un mismo metal, pero el Fundidor nos vació en distintas turquesas».

(Inter-América. N. Y.)

UNA POETISA CUBANA

DON Joaquín: en esta misma carta le envío unos versos de una poetisa cubana que bien pueden ir en su revista. Se trata de uno de los talentos jóvenes más finos de Cuba: Dulce María Loinaz no cuenta sino diez y seis años y ya tiene un concepto puro y bellísimo del arte. Estos versos le darán a Ud. la impresión más serena de un espíritu travieso y raro que, como se entretuviera jugando con las sombras del sentimiento sobre un biombo chino, les fuera encontrando formas caprichosas, delicadas. Hay cierta síntesis espiritual en sus versos, monótona porque es linda y porque tiene el encanto de la música oriental en donde una flauta entretiene todo el motivo de la estancia, mientras la inteligencia, como en un sueño de embriaguez de haschich o de opio, se va hundiendo en la pereza de un relato tan antiguo y lejano que se pierde quien sabe en que paisaje desconocido. Es modernista, con algo de crueldad, por dicha no tan cruda, de madame la comtesse de Noailles o con la ingenua transparencia de algunas páginas de la última

época de Collete Willy. Por lo demás, Dulce María Loinaz quiere desconocer la fatigante música externa de los versos que infestan nuestra literatura: pienso a veces que mi amiguita debería haber nacido en Francia, en donde la lengua se presta a todos los caprichos artísticos de los poetas, cuando ellos andan buscando el secreto de las palabras del maestro: *De la musique avant toute chose*. ¿Qué nos reserva el porvenir de la dulce poetisa? Por ahora le envío este *Momento*, que ella me mandó de su país, esperando que pronto nos dé más frutos de su cosecha espiritual.

Cordialmente suyo,

NAPOLÉON PACHECO

París. Primavera, 1921.

MOMENTO

Humedad, mucho frío... Flota un vaho extraño en el ambiente: se dijera que es una angustia enorme, imprecisa... La niebla se cierne sobre las calles empolvadas donde algunos burgueses hormiguean... En el cielo unas gaviotas se persiguen entre el humo de las chimeneas... Cruza la serpentina de un relámpago... Humedad, mucho frío... poco a poco [empiezan

a caer sobre el piso reluciente, relucientes gotas gruesas... Después la lluvia desata sus largos hilos de perlas... Escapan los burgueses en una fuga grotesca... en tanto al beso de la lluvia a lo lejos comienzan a entreabrirse los paraguas como enormes flores negras...

DULCE MARÍA LOINAZ

¿Necesita Ud. algún libro?

Pídamelo; si no lo tengo, se lo consigo.

Me hago cargo de toda clase de

Agencias y Comisiones

ALBERTO CALDERON G.

SAN JOSE — APARTADO 533

¿LE GUSTA EL ORNATO DE SU CASA?
HA PENSADO EN CASARSE?

Pase antes al Taller de Ebanistería de

AURIEL GALLARDO

Frente a "La Viña",

Parque de Morazán, SAN JOSE, Costa Rica

POETAS NUEVOS DE COSTA RICA

MANUEL SEGURA

LEJANIAS

Vagas lejanías, horizontes claros,
perfiles borrosos, pálidas distancias...
¡Ciudades remotas de inmóviles faros,
de músicas nuevas, de suaves fragancias...!

Algo hay en mi espíritu que indistintamente
se va de mi vida con sed de aventura:
algo que me lleva cerca de la fuente,
algo que me hermana con la fronda oscura,
como si en mi vida vibrase una nota
de música errante
para lo que oculta la ciudad remota,
para lo que guarda la quietud distante.

Amo los secretos de la lejanía,
lo que desconozco, lo que me es extraño...

¿Que pastora allende la amplia serranía
irá apacentando detrás del rebaño
como otro rebaño su melancolía?

¿Qué voces antiguas llenan los trascoros
de las lontananzas que recorre el viento?

¿Bajo qué milagro verterá sus oros
esta tarde que hila su dorado cuento
sobre la fatiga que rumian los toros?

¿Qué emoción cristiana pone en el ambiente
la ermita que sueña detrás de esa altura?

Algo hay en mi espíritu que indistintamente
se va de mi vida con sed de aventura:
pienso en los caminos que no ven mis ojos,
en las plantas que hunden huellas en la alfombra
de sus longitudes y en los labios rojos
que a su amable sombra
dialogan en fiesta de risas y enojos;
en las urbes que algo llevan escondido,
—un poco de ensueño, de encanto, de gozo,
quizá una tristeza, tal vez un olvido—,
urbs que parecen más bien el esbozo

que algún dibujante trazara al descuido;
en esas canciones que los marineros
alargan por entre las viejas barquillas;
en aquellos ojos que, con ser austeros,
evocan paisajes, ortos placenteros,
noches estrelladas, tardes amarillas...

Pienso en todo... En todo lo que está lejano;
y ahora que siento y escucho en el viento
las notas que llegan perdidas de un piano,
pienso en la distancia de tu pensamiento.

Junio de 1921

CONVALECENCIA

A mi aposento, en donde mi fiel espíritu arde
lo mismo que una lámpara votiva, en su dolencia,
acógense los últimos fulgores de la tarde
con la quietud extática de mi convalecencia.

Es un sosiego extraño: recuerdos placenteros,
penumbras temblorosas, semblantes imprecisos;
páginas que he leído no se bajo qué aleros
y aromas que he aspirado no se en qué ingenuos rizos...

Después, todas mis fuerzas se sienten como en una
elevación de ensueño; y mi alma franciscana
se hermana con el llanto, los árboles, la luna
y con la misma pena que he de sentir mañana.

Y al escuchar tu vida, ¡oh Dios!, en la distancia
estremecer de gozo la fronda y la llanura,
—cuyos perfumes vienen a refrescar mi estancia
en un esparcimiento de gloria y de locura—,
esta plegaría mía, irreverentemente,
vase desfigurando como la luz del día;
y pienso que mañana, ya bueno, acudiría,
en vez de a darte gracias por tu actitud clemente,
¡primero, a dar un beso de amor sobre una frente;
y luego, a sentir todos los suyos en la mía!

Agosto de 1921

(Envío del Autor).

Poetas y pugiles

POR ARMANDO LEYVA

ANOCHE se estrenó en uno de
nuestros teatros una cinta cine-
matográfica en que desempeñaba el
papel de protagonista el pugil francés
George Carpentier.

El teatro estaba lleno. Predominaba,
contra lo que va ocurriendo en estos
días de crisis extrangulante, el ele-
mento femenino. Otra vez, como en las
mejores épocas, la sala de aquel tem-
plo del cinema deslumbraba de gracia:
los trajes de mimosos organdis, tonali-
zados en lila-color, del gusto actual,
acaso porque a pesar de todo sea esta
una hora de insospechadas melanco-
lías, triunfaban en palcos y lunetas.
Fuera de la costumbre, que la suspi-

cacia ha remarcado en estas exhibicio-
nes a toda oscuridad como sintomática
de algo que no puede plasmarse en un
artículo periodístico, no era el silencio
lo que imperaba en aquella tanda, sino
un susurro sostenido, anhelante, clara
evidencia de una emoción colectiva
que se intensificaba por momentos.

Cuando Carpentier, el vencido de
Jersey City, apareció en la pantalla,
luciendo sus gentilezas de dandy,
hubo una fragorosa salva de aplausos
en la cual se podía adivinar el tono
mínimo de las manos enjoyadas.
Luego, otra vez el silencio en que
palpitaba mucha impaciencia mal con-
tenida. Y así durante largo rato,

mientras el argumento, frívolamente
sentimental de la película, iba desen-
volviéndose subrayado por la música
sugerente de la orquesta...

Finalmente llegó lo que tenía que
llegar, lo que todos esperaban como
nervio, vértebra y músculo de la trama:
el encuentro a puñetazos en el ring.
Carpentier, que en la película que glo-
samos se llamaba D'Alour, se enfrenta
con otro pugilista, ante una inmensa
concurcencia, discutiendo, aparente-
mente, un campeonato, en realidad
los favores y el amor de una linda chi-
quilla.

Golpes van y golpes vienen; ansias
de muerte en el rostro del pugil fran-
cés, que cae dos o tres veces contra las
sogas del tablado; destellos de fiereza
vencedora en los ojos del rival; puña-
das que se pierden en el aire cuando
es el latino quien las propina y mace-
tazos sobre el rostro de éste por el
puño de hierro de su contrincante. La

escena se va haciendo dolorosa. Las simpatías del público todo están de parte de Carpentier y éste decae por instantes ante la lluvia de mazazos que le asesta su rival. Suena la campana que regula los «rounds» y cada cual va a su esquina bajo la protección de los respectivos «trainers» que les soplan, les humedecen, les frotan y les palpan las extremidades. En tales momentos, un mensajero se acerca a la silla del francés y le entrega una esquila que éste empuña entre el guante abollado y acerca a sus ojos que han perdido el brillo de la esperanza. «Gana por mí», —dice el billete— y el vencido se arroja al comedío del tablado como una catapulta y frecuente primero, menudea después y graniza más tarde una serie de trompadas insostenibles que en poco tiempo dan al traste con el hasta entonces vencedor, quien cae sin poderse levantar antes que el «referee» cuente los segundos fatídicos. Entonces se alza de la concurrencia femenina que fragantiza la sala del teatro una estupenda y tonante demostración de regocijo. Aplausos calurosos y comentarios... refocilantes.

Cuando termina el espectáculo y se inicia el desfile, es de notar como sabroso y comicísimo detalle de la jornada, que todos los jóvenes que han presenciado la cinta que comentamos salen adelantando el pecho, curvando los brazos, pisando fuerte y concisamente sobre el cemento, con ojos retadores y aires de nuestro padre Adán, esto es, de hombre primitivo...

Acompasándose a mis reumas lancinantes, un amigo que ha remontado hace tiempo el cabo de los cuarenta, se rezaga conmigo en la salida y comenta:

—A la mujer, mi querido amigo, apesar de estas demostraciones que usted acaba de ver, nunca le emocionará en el hombre ningún otro triunfo como el triunfo de la inteligencia. ¿No opina usted así?

—No, no opino así, aunque bien quisiera poder arrimar la brasa a nuestra sardina. Para la infinita mayoría de las mujeres por muy delicadas que éstas sean, por muy exquisitas y hasta sentimentales, valdrá siempre más una trompada dada a tiempo que un soneto bien perfilado...

—Usted exagera, le sojuzga en estos momentos la impresión de la película que acabamos de ver. Y se olvida de la cosecha de triunfos amorosos que cualquier artista puede exhibir, por humilde que sea. Un poeta, mi querido amigo, será siempre el punto luminoso donde irán a quemar estas divinas falenas que a usted y a mí y a todos los que nos sentimos lindando con la vejez subyugan y dominan. ¡La poesía! ¿Sabe usted el poder magnético que siempre ha tenido y tendrá la mú-

sica de un verso en los oídos de una mujer superior? Recuerde que por algo el demonio familiar aconseja al viejo Sócrates, el de la insinuante voz: ¡Haz música!...

—Ríase usted, hombre, ríase usted. Esas son... músicas!

Seguimos andando, yo con mis pobres dolemas que no me permitían el gesto engallado de los demás y mi amigo — ¡ah, tristeza de los cuarenta! — haciendo sus pinitos disimulados.

A la altura del Hotel Imperial, en el cruce de la calle Estrada Palma, donde las mujeres, a la hora del crepúsculo se ven más lindas, alcanzamos a dos criaturas de trasunto angelical. Saludos y piropos obligados, y, mi

amigo, poniendo el órgano a la sordina, mezza-vocce, que es como se dicen, según los peritos, las músicas suaves, le largó a la más rubia este madrigal:

—Oye, chiquilla, viéndote así tan dulce, así tan misteriosamente sugere, no puedo callar este grito del poeta que acaba de morir:

«Estoy enamorado de una estrella,
a modo del pastor de la romanza...
la dicha del amor nunca es tan bella
como lo es un amor sin esperanza!»

Y ella, volviéndose a su compañera:
—Aprieta el paso: está borracho!

(Diario de Cuba, Santiago de Cuba).

Norte América rudamente juzgada

POR JOSE JUAN TABLADA

EN esta época de humanidad universalizada en que, según el decir de Romain Rolland, «los europeos del Viejo y el Nuevo Mundo ponen en común el tesoro de su alma con las viejas civilizaciones del Asia — de la India y de la China»; en esta época en que, por otra parte, el eclipse de «la fe pragmática» restaura y aviva los fulgores de «la fe moral» y coloca la vida del espíritu sobre la vida material, es bien significativo el hecho de que un pensador chino, desde un periódico de Peking, haya lanzado a los Estados Unidos el dictado de «nación no civilizada»...

Para la mayoría de los estadounidenses (y otro tanto pasa en los países latino americanos, donde no se conoce a China sino por sus pobres emigrantes) un chino es un «chink», es decir un lavandero o cocinero aparentemente pueril, que convierte en eles las eres por su consabida lalación, que suele fumar opio y que hasta hace poco lucía irrisoria coleta...

Lo cual no obsta para que China fuera ya civilizada, moral y materialmente, cuando Europa era aún bárbara

y poseyera códigos éticos y estéticos que perduran hasta el día. Basta decir, en confirmación de esa vieja cultura, que el militarismo era despreciado y que todos los funcionarios públicos debían probar su atingencia por previos y rigurosos exámenes.

Bien puede China, con tal superioridad sobre las discutibles democracias del Continente, juzgar por boca de uno de sus sabios, a la más poderosa y soberbia de todas ellas.

Y bien puede lanzar a Norte América, como saludable admonición, la vieja sentencia de Confucio: «Quien sabe gobernarse a sí mismo y gobernar a su familia, sabrá gobernar al Estado. Es una misma cosa».

Pero aquí es diferente... y más aun en nuestros países latinos donde la falta de moralidad privada de los gobernantes, ha acarreado tantas catástrofes públicas.

Mas para lanzar su anatema contra los Estados Unidos, el publicista chino no ha tenido necesidad de citar ni el «Libro de los Ritos» ni el «Libro de las Odas» de Confucio, aunque en sus afirmaciones se inspire en las

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA

enseñanzas del maestro según quien «la práctica de la música perfecciona la virtud»; pero la música bella y suave, no la de Tcheng que encontraba «demasiado sensual y brillante»... ¿Qué hubiera dicho del «Jazz» el Maestro armonioso y ponderado?

Para expresar la idea de civilización los chinos usan el ideograma: «Li-yo», que literalmente significa: «ceremonial de cortesía y música» y además para ellos civilización y religión son sinónimos.

Ahora citemos al crítico de los Estados Unidos, Ku-Hung-Ming, en lo más sustancial de su requisitoria:

«Permitidme explicar lo que entiendo por un país con civilización y un país sin civilización ninguna. Todos decimos hoy que los antiguos Griegos y los Romanos antiguos, fueron grandes naciones civilizadas... ¿Por qué? Porque además de gobernar y hacer la guerra, además de producir cosas materiales y de hacer dinero vendiéndolas, esas naciones produjeron también cosas espirituales como arte y literatura y lo que es aún más importante, por medio de ese arte y esa literatura desarrollaron altos y perfectos tipos de humanidad en sus grandes hombres, todos los cuales hoy, después de que esas naciones desaparecieron, son recordados, estimados y admirados por las generaciones posteriores. En resumen, nación civilizada es aquella que posee un caudal espiritual o, como Carlyle dice: «ideales realizados».

De paso, dice el publicista chino, que entre los países sajones, Inglaterra puede considerarse como nación civilizada por haber producido dos cosas: una Shakespeare, otra el tipo humano que se llama «gentleman». Y agrega:

«Si el Imperio Británico fuese destruido mañana, mil años después quienes leyese a Shakespeare dirían que el país que lo produjo era altamente civilizado».

Refiriéndose al gentleman, tipo de humanidad atemperada por la espiritualidad y la suavidad del Cristianismo, comenta:

«Porque el objetivo supremo de la civilización no es hacer hombres musculosos, como los que la Asociación de Jóvenes Cristianos trata de formar ahora en China, sino producir y desarrollar «gentlemen», de espíritu y maneras suaves y atemperados, con el ritmo y la idealidad musical del «Li-yo» que tanto apreciamos los chinos y que es tan útil para funciones de gobierno. Cuando aquel general y gentleman del Japón, Tokugawa Iyeyasu, tras de destruir al «demonio de crueldad» del Japón feudal, agonizaba, mandó llamar y su nieto Iyemitsu, y le dijo: «Tú eres el hombre que un día gobernará al Imperio. Recuerda que la manera de gobernar un imperio es tener un

corazón tierno y bondadoso (el latín alma como en «alma mater», la extrema y piadosa ternura de una madre)».

De esto concluye el periodista de Peking, que ingleses y japoneses tienen hoy dificultades para gobernar a Irlanda y a Korea, respectivamente, porque han dejado de ser «gentlemen».

Y lanza, a renglón seguido, ésta interrogación formidable: «Ahora dejadme preguntar, qué «ideales realizados» o cuál activo espiritual poseen los Americanos para merecer llamarse nación civilizada?»

Pasa revista a la literatura y encuentra un gran nombre, el de Emerson, pero no tan grande, según el propio Matthew Arnold, para figurar junto a los de Homero, Platón, Virgilio, Dante o Shakespeare. En poesía... encuentra a Longfellow y Whittier, simples retóricos, a su juicio, con escasa poesía diluida, y no se detiene, a lo largo de la lírica norteamericana, sino frente a una sola poesía: «Annabel Lee», de Edgard Allan Poe...

Tras de análisis tan desventurado concluye terminantemente: El único caudal espiritual de la nación Norte Americana, las únicas cosas realmente espirituales, que si ese país fuese destruido serían rememoradas, son la obra de Poe: «Annabel Lee» y la música de los cantos negros de las plantaciones del Sur. (!)

Total: una sola poesía de un genio conceptuado como «latino» por sus

caracteres esenciales y una serie de cantos «africanos». En verdad... no es mucho.

El tremendo veredicto del pensador amarillo, publicado en el diario más importante de Nueva York hace ya una quincena, ha originado protestas, pero no ha sido desvirtuado. ¿Acaso el pragmatismo norteamericano, altivo como los «rasca cielos» fué herido por un rayo de verdad que como los rayos del sol llegó de Oriente?

¿El mismo brujo Edison, habrá concedido que ni aún sus descubrimientos suman nada en el acerbo espiritual?...

Confucio dijo antaño: «Civilización! ¡Civilización! Ese es el grito de ahora; pero esas gentes creen que lucir finos jades y vestir trajes de seda, es el total de la civilización?...

Confucio, el maestro armonioso que preconizó los ritos, las ceremonias y la virtud rítmica de la poesía y de la música, contestó en su lecho de muerte, al discípulo que le preguntó si debían elevar plegarias a los dioses:

—¡Mi vida es mi plegaria!

Yo creo, en efecto, que el industrialismo, el capitalismo, el imperialismo, no son la civilización, porque simplemente:

La civilización es un estado de alma.

Nueva York, junio de 1921.

(Excelsior, México, D. F.)

El esposo de Mme. Curie

LA visita de Mme. Curie a los Estados Unidos ha provocado tantos comentarios en Francia como en el extranjero, y el gran diario «L'Echo de Paris» publica una interesante colaboración de Charles Edouard Guillaume, que es el sabio que recibió el premio Nobel de física el año pasado, acerca del marido de esa famosa mujer, de cómo trabaron conocimiento y de la prematura muerte del sabio. M. Guillaume escribe:

Entre los amigos de Pierre Curie soy uno de los mas antiguos. Eramos contemporáneos y teníamos los mismos gustos y las mismas aspiraciones.

Sus pensamientos estaban siempre llenos de bondad y más tarde pude darme cuenta de hasta qué punto nuestras conversaciones habían guiado mi evolución. Un día me dijo:

«Las investigaciones científicas frecuentemente se echan a perder por miras egoístas. Un hombre quiere publicar algo y se apresura a llegar a conclusiones que carecen de base apropiada. La investigación sólo tiene

realmente valor si se emprende llevando como única mira la de levantar un poco el velo del misterio. Naturalmente que si así ocurre, sólo hemos de preocuparnos por dar a conocer nuestros descubrimientos cuando estemos completamente seguros de ellos».

Admiraba yo de una manera muy intensa la fase moral de Pierre Curie; pero—¿me atreveré a decirlo?—todavía no había comprendido que era un gran sabio en el dominio de la física. De todos nuestros amigos, Lucien Poincaré fué el primero que se dió cuenta de ello.

Pierre Curie meditaba mucho y muy profundamente, y sus maravillosos pensamientos se revelaron desde muy temprano.

Edouard Desains había consagrado toda su vida al estudio de la radiación, pero sus ideas siguieron siempre compenetradas de las antiguas doctrinas. En 1880 apareció una nota firmada por Desains y Curie. En ella aparecía una nueva idea como un preludio para las obras de Langlei. Vinieron en seguida las investigaciones sobre

electricidad que culminaron en el descubrimiento de un importante fenómeno, al que Pierre Curie había dado todo su desarrollo en 1884 y que penetraba a todo el dominio de la ciencia física.

Vimos que el joven Pierre Curie estaba elevándose hacia la fama. Sin embargo, para obtener una cátedra universitaria le era necesario recibir primero el título de Doctor, y a pesar de la aversión que sentía por todos los títulos, al fin lograron sus amigos convencerlo para que escribiera su tesis.

En 1895 se decidió a hacerlo así y este trabajo académico abrió una nueva era en nuestros conocimientos sobre el magnetismo.

Entre las personas que se encontraban presentes al dar lectura públicamente a su tesis, Pierre Curie reconoció a una joven estudiante polaca, Mlle. Marie Sklodowska y algunos meses después, durante las vacaciones, los amigos de Pierre Curie supieron con gran regocijo que aquellos dos seres privilegiados iban a unir sus destinos.

Mme. Pierre Curie estaba llamando la atención con sus investigaciones sobre física, pero todavía no llegaba a expresar sus ideas completamente.

En el laboratorio de M. Lippman, donde había trabajado, solamente sabíamos que realizaba buenos trabajos de investigación y que además se encontraba dotada de magníficas facultades de organización, de mucha habilidad y de una energía indomable.

Unas cuantas conversaciones sostenidas con ellos nos habían revelado los altos ideales que abrigaba, y entre nosotros llegó a prevalecer el sentimiento de que ella sólo era digna de Pierre y él sólo digno de ella.

Sigue diciendo M. Gillaume cómo fueron gradualmente abriéndose paso a las ideas enteramente nuevas en materia de física, y cómo poco a poco fueron desvaneciéndose nuestro viejos conceptos sobre la constitución de la materia, debido principalmente a las investigaciones y a los descubrimientos hechos por Pierre Curie. Dejemos de nuevo la palabra al amigo de éste, M. Charles Edouard Gillaume:

Y sucedió que una noche del año de 1906 sufrimos la terrible noticia de que Pierre Curie había sido víctima de un horrible accidente.

La Sociedad de Física elevó a su memoria el único monumento a que él hubiera sido capaz de conceder algún valor, es decir, publicó sus obras.

Y para esa edición monumental de los trabajos de Pierre Curie, su viuda escribió en el Prefacio las siguientes palabras:

«Los últimos años de la vida de Pierre Curie, consagrados a investi-

gaciones y estudios sobre la radioactividad, y a trabajos teóricos del más alto interés desde el punto de vista de la ciencia física en general, han producido muy grandes frutos.

»Sus facultades intelectuales se encontraban en pleno desarrollo, como también lo estaba su maravillosa habilidad experimental.

»Venía abrigando la esperanza de que transcurridos breves años, podría disponer del laboratorio que siempre había deseado para crear en torno suyo un círculo de colaboradores capaces de compartir con él su amor al trabajo.

»Iba a abrirse un nuevo período en su vida; ese período debía de ser, con más grandes facilidades, la continuación natural de una admirable carrera científica.

»El destino no ha permitido que así

fuera y estamos obligados a inclinarlos ante su imcomprensible decisión».

Mme. Curie ha continuado noblemente hasta hoy la labor comenzada con su esposo y honra todavía la memoria de Pierre Curie ayudando a desarrollar el programa de la vida del desaparecido, tomando participación en la empresa de algunos de sus amigos y dotando de recursos pecuniarios suficientes el laboratorio que aquel sabio «había deseado siempre».

Justamente ese es el objeto del viaje de esa noble mujer a los Estados Unidos: reunir fondos con que dotar un instituto científico que pueda ser monumento imperecedero a la memoria del hombre a quien amó y cuyos trabajos y honores compartió en medio de su modestia.

LA VOZ DE LOS LECTORES

DICE nuestro estimable colega *Reproducción* en su entrega N° 68:

MISCELANEA

A propósito de *Repertorio Americano*: el N° de 30 de julio trae una entrevista de un redactor de *Excelsior* (de México) con don Antonio Caso, «uno de los grandes prestigios» de su país. Va el Sr. Caso a recorrer algunos Estados sudamericanos, «en representación oficial de su patria», y piensa ir luego a España. Dice que tiene grandes deseos de conocer al rey don Alfonso, «ilustre monarca que ha demostrado en más de una vez cómo las instituciones monárquicas son compatibles con las más puras prácticas democráticas».

Por cierto que estas palabras, de labios de un filósofo, que debe conocer ante todo los términos que emplea (monarquía, democracia, etc.), son para dejar a cualquiera con la boca abierta.

Pero más la abrirá quien ponga atención en el siguiente momento de la entrevista:

«—¿Quiere usted decirme cómo nació en usted la inclinación por la filosofía?»

«—Con mucho gusto y en muy pocas palabras. Al emprender mis estudios de Lógica y Psicología, me di a leer los libros que entonces se nos ofrecían, y que eran de la escuela positivista, en los que se fijaba el conocimiento conforme a las tesis de la escuela. Los problemas metafísicos se constreñían dentro de límites muy exigüos. *De ahí nació en mí el sentimiento de que es humano tratar de reformar la epistemología positivista.*»

(Al lector que no sepa griego: Epistemología es lo mismo que gnosiología o teoría del conocimiento).

Y el embobamiento llegará al colmo cuando, para acabar, pronuncia don Antonio Caso, «con gran unción», «estas hermosas palabras»:

«—Para mí, Jesús es el modo de resolver todos los problemas.»

¡Ay! Jesús! ¡qué bien ha reformado don

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Antonio la epistemología y todas las otras logías! ¡Ni más ni menos que sor Rita, hace ya cientos de años!

Y también dice:

Nuestras dos revistas más serias y las que mejor llevan sus nombres son: *La Revista de Costa Rica*, que dirige don J. Frco. Trejos Quirós, y el *Repertorio Americano*, del

prof. García Monge. Ambas se completan recíprocamente. Y sus labores merecen muy singular encomio. Pero esto no quiere decir que no quepa algún reparo insignificante. Por ejemplo: cabe preguntarse por qué reprodujo el Sr. Trejos el discurso de Holguín y Caro acerca del determinismo y por qué dió campo el señor García a algunas simplezas paternas, «recogidas» como anécdotas costarricenses por algunos maestros de escuela.

PRETEXTOS

POR RAMON VINYES

Francis Jammes: "Memorias"

LA REVUE UNIVERSELLE y LE CORRESPONDANT, publican extensos fragmentos de las «Memorias» de Francis Jammes. Van de la edad divina a la edad ingrata. ¡Tanto como hemos querido nosotros a Francis Jammes! ¿Por qué escribirá más, si cada nueva obra es una nueva desilusión?

Sus «Memorias» son algo bien aburrido, aun sabiendo que tiene profunda poesía todo lo que el poeta nos reseña. Poesía que él sintió, que existe, pero que no ha sabido trasladarnos.

En las «Memorias» no hay otra cosa que nimiedades. Estas nimiedades hicieron el encanto de las obras de Francis Jammes cuando sabía dar a estas nimiedades intensidad, cuando sabía mostrar la poesía de la poesía. De vez en cuando un párrafo, un recuerdo, aclara la turbia anotación sin relieve de las «Memorias» de ayer escritas hoy... ¡Y es cuando nos acordamos más fuertemente del poeta de antes!

En las «Memorias», están Pau, Orthez, Bordeaux, está el tío mejicano, está el padre que vivió su infancia en la Martinica, están las tías bondadosas, las amigas claras y los grandes case-rones familiares. Encontramos en las «Memorias» el sentimental amor a lo exótico que tanto caracteriza la obra de Francis Jammes. Encontramos la primitividad rebuscada de las estampas de Epinel—no en vano lo quería tanto el poeta.—Encontramos los tipos fijamente pueblerinos, ensoñados, quietos, de pueblo pequeño marcadamente. Falta en las «Memorias» la poesía que acusa, que destaca, que lima, que fija, que hace inconfundible lo que se ha visto, lo que se ha sentido, lo que se ha pensado.

Todo es poético en las «Memorias» del poeta, pero es de un poético sin poesía.

La flor se marchita, queda flor, pero no tiene el encanto de la flor: Algo de eso le pasa a lo que publica Francis Jammes nuevo: algo de eso les pasa a los fragmentos de sus «Memorias» que la *Revue Universelle* y *Le Correspondant* nos han dado.

¡Y tanto como queremos algunas de las obras de Francis Jammes! ¡Y sigue publicando Francis Jammes! Su libro «Le Livre de Saint Joseph» llegó a nuestras manos. ¿Apuraremos el cáliz?

"Sieben Legenden"

LE mandamos a un amigo las siete traviesas leyendas devotas de Gottfried Keller: se las mandamos en el pequeño libro, medio devoto, medio travieso, que lanzó Schroll: en el pe-

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

MARCO TULIO VIQUEZ A.

PASANTE DE ABOGADO

Oficina contiguo al Teatro Nacional
APARTADO 808

JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO

Abogado

Depacha en las Arcadas, lado Oeste.

ADAN ACOSTA VALVERDE

OFICINA DE ABOGADO Y NOTARIO

En las Arcadas frente al Teatro Nacional

CARLOS Ma. JIMENEZ

Abogado y Notario

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

DENTISTAS

Dr. M. FISCHER

Dentista americano

Teléfono 683 Apartado 434

Venta de materiales para dentistas.
Frente al Correo.—San José.

MATEO FOURNIER Q.

Dentista

Oficina contiguo al Hotel Washington, costado Sur de la Catedral.

JOSE J. JIMENEZ NUÑEZ

Dentista

queño libro ilustrado por Fritz Löw con más travesura que devoción.

Y en la primera página del libro, bajo el nombre en gótico del poeta de Zurich, escribimos:

¿Qué sería la «Leyenda Dorada» si la tratáramos en humano? ¿Qué nos resultaría del llenar lentamente los saltos bruscos de las almas y del fantasiar ligero sobre los móviles secretos de las ejemplares conductas? Un libro más allá aun de las Siete Leyendas de Gottfried Keller. ¿Humorista el libro? ¡Sí! ¡Bondadosamente humorista! No de un humorismo ensañado a lo Anatole France, ni de un sarcasmo burlón a lo Eca de Queiroz. La hagiografía cristiana, con sus santidades incomprendibles y sus virtudes rápidas, con sus heroísmos fervientes y sus arrojados inverosímiles, suministraría una alegría buena y sana al que supiera sutilmente enlazar los hechos con la vida común, y humanizar los móviles con detalles regulares. Todos los héroes de la fervorosa leyenda buscan el cielo: el deseo de la Patria celeste hace que encuentren dulces los hirientes abrojos de la vida. ¿Qué es un dolor para el inspirado hagiógrafo que anota? ¡Nada! Pero para el que camina hacia la santidad una herida siempre es una herida, y gime el cuerpo cuando se eleva el alma. Gottfried Keller apuntó este humorismo en «Dorotheas Blumenförbchen». Salen palabras inefables de una boca torturada: se busca en el cielo lo que se quiso hallar, y no se halló, en la tierra. Pero no pasa de apunte el nuevo humor. Y es que, por ser ya humorista, a Gottfried Keller se le imposibilita la realización de un colaborar con los primitivos manuscritos devotos, con las leyendas inspiradas. Y es que Gottfried Keller, en sus «Sieben Legenden» no hace nada más que continuar «Der Grüne Heinrich» y «Das Sinngedicht». No da el humor Gottfried Keller, trabaja, rebusca, prepara, el humor. Es sabio su humorismo, cuando nosotros sentimos placer en fantasiar con un nuevo humorismo que lo fuera a fuerza de ingenuidad y salud,—(no dictamos normas al admirado autor),—algo como la insospechada sonrisa clara que arranca el libro de Fray Bernardo de Coimbra, en que medita la vida de Jesús durante los nueve meses ignorados de su vida no vida. Amigo: leed el libro de Gottfried Keller... Y, sobre todo, leed «Eugenia», que podría subtitularse la fuerza del instinto sobre la santidad. Leed también «Die Jungfrau und die Nonne», una regocijante variedad de la leyenda de Sor Beatriz... Y después, si sentís en ello placer, seguid fantasiando sobre la fantasía de nuestros comentarios, sobre la buena sonrisa que humanizaría «La Leyenda Dorada».

4) Costa Rica en el Centenario

POR MANUEL SAENZ CORDERO

PROYECTOS FERROVIARIOS

FERROCARRIL PAN-AMERICANO

(360 millas. — \$ 8.344,917 oro).

APARTE de las líneas férreas de penetración proyectadas a Grecia, San Ramón, Orosí y otros puntos, tenemos la halagüeña perspectiva del Ferrocarril Pan-americano.

En lo que a este punto se refiere, no existen aún estudios con el carácter de definitivos, y hay tres proyectos que parecen factibles, sin que haya llegado aún el momento de resolverse por ninguno de ellos.

La Comisión de dicho ferrocarril dirigió el trazado por la vertiente del Pacífico, partiendo de la frontera con Nicaragua y pasando por Peña Blanca, Liberia, Savegre, y llegando a Golfito, en la frontera con Panamá. Según aparece en el tomo primero de la obra del Ferrocarril Internacional, esta línea tendría 360 millas de extensión, y su costo sería de \$ 8.344,917 oro americano, y cruzaría la del Pacífico en el Puente de La Barranca.

El representante de Costa Rica al Cuarto Congreso Pan-americano, Licenciado don Alfredo Volio, en un laborioso informe que al respecto presentó, y que por fineza suya tuvimos a la vista, aconsejó aprovechar del anterior estudio, solamente la sección de la frontera con Nicaragua a la Barranca; unir allí la línea que se construya con el Ferrocarril de Puntarenas a Limón, y más tarde con el de río Sixola, Bocas del Toro y Panamá.

El costo de esa construcción entre Nicaragua y la Barranca costaría apenas \$ 2.535,430 oro, lo que representa igual suma casi de economía.

Este proyecto tendría la ventaja de convertir a San José en estación de dicho Ferrocarril.

El tercer proyecto, y a nuestro juicio el más interesante para el país, es construir el ramal de Río Frío, desde la frontera con Nicaragua, hasta un lugar de la línea cercano a la población de Guápiles, a donde se conectaría con la vía a Limón, habilitando así toda la llanura del Norte de la República, que será el futuro centro ganadero del país.

A este proyecto parece más inclinada la comisión de dicho ferrocarril, según lo manifiesta categóricamente el Honorable H. G. Darío, Presidente de la misma, quien, en su informe al Congreso de Buenos Aires, dice:

«En Costa Rica hay 182 (?) millas

de ferrocarril en explotación, parte de los cuales, la línea de Guápiles a Puerto Limón, puede servir como sección de la costa atlántica de la troncal del Pan-americano cuando se haya terminado el eslabón (Río Frío) que ha de llegar hasta la frontera oriental de Nicaragua.

»La distancia de Puerto Limón a la Zona del Canal es de 226 millas, y hay de este trayecto en explotación 26 millas.

»Si se adopta este plan, la distancia entre el Canal y la frontera de México será de 1183 millas, de las cuales sólo faltan por construir 675 millas».

PROYECTO DE FERROCARRIL A Río Frío

LA idea de un ferrocarril que, partiendo de Limón, o de alguno de los puntos de la línea férrea a este puerto, vaya a terminar en la frontera con Nicaragua, atravesando las llanuras del Norte de la República, casi inexplotadas y desconocidas, es una idea vieja en Costa Rica.

Ya en el año 1888 (Decreto de 20 de agosto) se firmó un contrato entre el Gobierno y Minor C. Keith, en virtud del cual éste se comprometía a dicha construcción, desde las inmediaciones del Río Jiménez, hasta la frontera de Nicaragua, o sea hasta el Río Frío, afluente del Lago de Nicaragua.

La ejecución de este contrato quedó resuelta por decreto de 28 de noviembre de 1900, en virtud del cual Keith traspasó al Gobierno la propiedad de los estudios, perfiles, planos y trazados relativos al ferrocarril dicho, y éste le pagó la suma de \$ 225,000 oro, en bonos de saneamiento de Limón.

Nosotros no habríamos podido ex-

plicarnos las razones que indujeran al Gobierno a rescindir un contrato de tanta importancia, y en condiciones tan onerosas para el país, si no hubiéramos obtenido la explicación de las personas mismas que estaban al tanto de la política de entonces.

Fueron también razones de un orden político las que hicieron abandonar aquel importante proyecto ferroviario.

Es sabido que durante muchos años los Gobiernos de nuestra vecina del Norte han vivido en constantes conflictos dentro y fuera del país. El régimen del derecho estaba sustituido por el de la fuerza, y el partido de *abajo* no podía llegar al Gobierno sino mediante revoluciones, de las cuales tenía a su vez que defenderse si no apelaba a distraer la atención de sus enemigos haciendo la guerra a sus vecinos.

El ferrocarril a Río Frío, aun construido sin fines políticos, se conceptuaba entonces una amenaza nacional, si el enemigo lograba apoderarse de él. Se pensó entonces concluirlo en el Río San Carlos, separándolo así de la frontera por las cordilleras que se interponen, y se concluyó por abandonar la empresa.

He aquí la información que hemos recogido.

Con todo, este proyecto, está en vías de ejecución; es más, hay una parte de él, construida y en servicio, que aumenta paulatinamente, conocida con el nombre de Ramal de Río Frío.

Al tratar del Ferrocarril Pan-americano, ya hemos dicho que el informe del Presidente de la Comisión a él referente, se inclina a adoptar esa vía para el trayecto de Costa Rica, que parece ser la más corta y la más barata, pero en todo caso, la construcción de esta línea, de cerca de sesenta kilómetros, tiene que ser un hecho real tarde que temprano. Las tierras que él cruzará forman parte de los grandes valles que existen al Norte de nuestro territorio, riquísimos en maderas, abundantes en caídas de aguas, y de los más feraces que tiene la República.

EL TALON DE ORO

EN 1871, Costa Rica, libre de toda deuda, dotada del oro como base de su sistema monetario, objeto de la atención de los Gobiernos, estaba, en lo que a la situación económica se refiere, sobre muy buenas bases; más, los empréstitos de esa fecha, a la construcción del Ferrocarril al Atlántico referentes, impusieron una deuda de siete millones de pesos al Estado, disminuyendo sus rentas por el término de diez años. La crisis ocasionada en-

tonces por la depreciación del café, y el poco celo en el manejo de la cosa pública, obligaron al Gobierno a negociar nuevos empréstitos en 1882, después de haber acudido a la emisión del papel moneda a que los gobiernos latino-americanos son tan propensos, cuando han de atender a las exigencias momentáneas del crédito.

Iniciada la emisión, no hay problema de seguro más difícil de resolver que sustraerla de la circulación cubriendo

el valor de los títulos que ella representa. A semejanza de los fenómenos de la vida privada, el uso del crédito, sobre todo en esa forma tan fácil, es demasiado tentador para dejar de abusar de él. Ya en 1884 era tan grande la cantidad de papel emitida, que el Gobierno vióse en la necesidad imprescindible de calmar la desconfianza pública garantizando la amortización de sus billetes. Ese es el origen del contrato *Soto-Ortuño*, celebrado entre el Gobierno y el *Banco de la Unión* (hoy de Costa Rica), en cuya virtud éste se comprometió a pagar los créditos del Estado, representados en billetes, aumentando con ello el crédito lejos de consolidarlo.

Efectivamente, él no dió otro resultado que el cambio de manos, del primero al segundo, de la facultad de emitir papel al portador, que éste no despreció, ensanchándola en adelante, en una progresión aritmética: de seiscientos mil pesos a que ascendía en 1884 subió a dos millones en 1887, a tres millones ochocientos mil en 1890, a cuatro millones ciento ochenta y seis mil en 1893, en que se inició la reforma monetaria. Por otra parte, el Estado, lejos de reforzar la emisión de oro, restringiendo el papel y la plata, que era el remedio que la experiencia aconsejaba a la situación, procedió a nuevas emisiones de plata, al resello de la extranjera, especialmente la colombiana, de tal manera que a la fecha dicha la cantidad de ésta puesta en circulación ascendía a dos millones de pesos, a dos millones trescientos mil la de oro, y a cuatro millones la de papel.

En circulación, y en tales proporciones, el billete del Banco, desposeído de todo valor intrínseco, era sencillamente un simple título de crédito que descansaba en la solvencia de la institución que lo emitía, pero por lo mismo que su valor era *locadizo*, porque descansaba exclusivamente en la ley, podría servir para las transacciones interiores, donde no sin escrúpulos era aceptado, pero fuera del país, no dejaba de ser trabajoso y despreciado medio de cambio.

Sabido es que la moneda puesta en circulación en un país, aunque sea una moneda fuerte, no puede sobrepasar el monto de sus necesidades, y este principio económico tuvo un comprobante más entre nosotros. En circulación el oro, la plata y el papel, en virtud del principio de Gresham, la moneda de oro llegó a tener prima sobre las demás y muy pronto desapareció de la circulación, ya porque para atesorarla era preferida, ya porque se exportara ahorrando los altos tipos del cambio internacional: por otra parte éste subió hasta un punto casi imposible de prever, porque representando las letras

sobre el extranjero, oro, y teniendo éste un gran premio sobre la moneda nacional, de hecho convertida en moneda de plata, la demanda de letras habida, mil veces superior a la oferta, por lo limitado de la exportación, tenía necesariamente que dar ese resultado y a consecuencia de ello el comercio elevó también el precio de sus artículos para sacar el costo de ellos, y el país insensiblemente se encontró en una situación alarmante: una deuda gravosa encima, el tipo de cambio y el valor de los artículos de consumo altísimo y sin más base en su sistema monetario que la confianza pública.

El Banco de Costa Rica, siendo el único emisor del país, tenía como he dicho, billetes en circulación, por el duplo, hasta el cuádruplo de su existencia metálica, cosa que si le reportaba inmenso beneficio, no dejaba a la vez de preocuparlo, a fin de evitar a tiempo una ruina desastrosa. Es claro que si en un momento dado, todo el papel hubiera sido presentado al cambio, el Banco se habría visto imposibilitado para cubrir su importe, y por eso, con mano experta y vista previsora, suspendía o abría todo descuento según las fluctuaciones del cambio, con lo cual era el público a quien directamente se perjudicaba.

Tales eran las causas, desde este primer punto de vista consideradas, que determinaban y sostenían un estado anormal de cosas. Tratar de remediarlo era por lo tanto un bien que imperiosamente se imponía acudiendo al establecimiento de un medio circulante nuevo que por su valor intrínseco y por su valor legal restableciera la confianza pública, poniendo en circulación los capitales estancados y consolidando el crédito exterior.

El expresidente Yglesias fué el autor de esta trascendental reforma, en cuya ejecución desplegó una actividad y

una energía casi despóticas pero necesarias.

La ley de 14 de octubre de 1896, reformada por la de 14 de agosto de 1900, establece que «la base del sistema monetario de la República es el oro, y la unidad monetaria la constituyen 778 milésimos de oro de 900 milésimos de fino. La unidad monetaria se llama *Colón* y éste se divide en cien céntimos. Solo la nación por sí o por contratos con particulares, compañías o Gobiernos extranjeros puede acuñar la moneda nacional. La Casa de moneda, podrá acuñar por cuenta de los particulares, moneda de oro, pero no de plata. Las monedas de oro serán de dos, cinco, diez y veinte colones».

Tales son los conceptos de la ley de moneda que aun nos rige.

El desequilibrio económico del mundo, ha traído también el de nuestro sistema monetario, pero todo induce a pensar, que ya hemos pasado los peores días, y que todas las energías de la nación se preparan, en mejores condiciones, para una nueva lucha.

No es mi objeto, el estudiar dentro de este ensayo el sistema monetario actual, pero es lo cierto que ha correspondido a los esfuerzos en él fundados, y que a su benéfica acción, el país pudo volver con fuerzas regeneradoras de su postración antigua, confirmando lo que en el estado de la ciencia económica actual puede considerarse como un axioma, es decir, *la balanza de comercio de un país está determinada por la importación y por la exportación*, en relación siempre con su *medio circulante*. Para convencerse de ello, basta observar en virtud de datos estadísticos, que mientras Costa Rica tuvo como base monetaria el oro antiguo, el tipo de cambio internacional nunca excedió del 119%. De 1882 a 1890 en que por las razones anotadas el oro fué sustituido por el papel moneda, el cambio se elevó hasta el 212%, de 1890 a 1910, en que él ha recuperado su base de oro, el tipo de cambio se fijó al 215%, y cuando se volvió a perder subió hasta el 500%.

Por otra parte, el oro restableciendo el crédito público, pudo establecer cada vez más una corriente bien acentuada de capitales, que en la industria y el comercio marcaron una notable reacción, haciendo bajar el tipo del interés hasta el 8% corrientemente e impulsando la iniciativa particular que buscaba en nuevas fuentes de la producción, su vida y prosperidad. El Banco de Costa Rica que antiguamente existía, con enormes privilegios y dominando el comercio nacional, tiene ahora nuevos competidores que han podido reunir capitales necesarios para convertirse en ordinarios, sin tener a la fecha ningún privilegio, ni siquiera el de ser emisor.

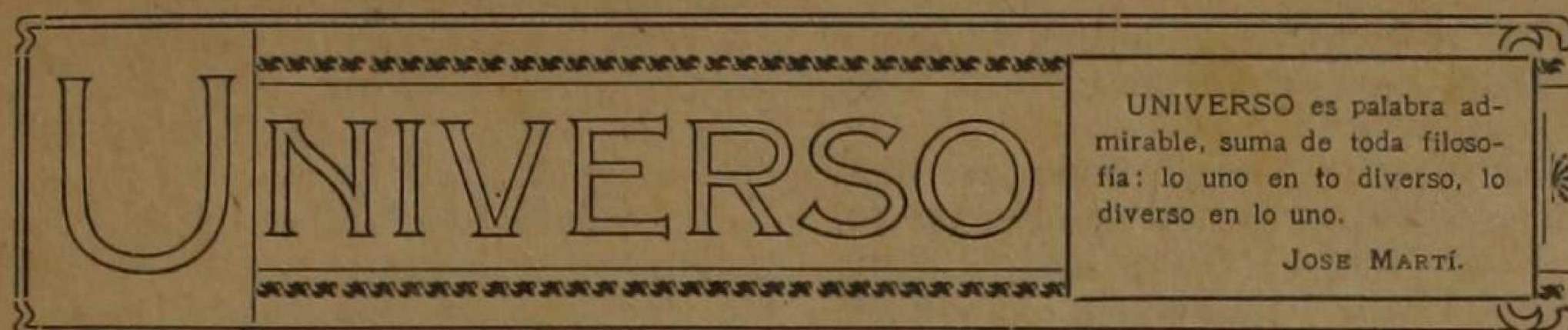
VENDEMOS

<i>Poemas escogidos</i> , de Eugenio de Castro.....	2.25
<i>Diario de un poeta recién casado</i> , por Juan Ramón Jiménez.....	3.00
Del mismo autor: <i>Platero y Yo</i>	3.50
De Eugenio D'Ors: <i>Glosario</i>	3.50
<i>Divagaciones Literarias</i> , por José Vasconcelos.....	2.00
Jesús Urueta: <i>Conferencias y Discursos</i>	2.25
José Enrique Rodó: <i>Parábolas</i>	2.00
<i>Castalia Bárbara</i> , por Ricardo Jaimés Freyre.....	2.25
André Gide: <i>Los límites del arte</i>	2.00
Rubén Darío: <i>Hipsipilas</i>	3.00
» » <i>El árbol del Rey David</i>	3.00
F. Ameghino: <i>Doctrinas y Descubrimientos</i>	3.00

Solicítelos al Ador. del REPERTORIO.

Doctor ROBERTO JIMENEZ ORTIZ
Dentista americano

100 v. al N. del Royal Bank of Canada.
Teléfono 530



1) La edad de nuestro planeta

Un avance de la obra "Estudio sobre la edad de la Tierra a base de los procesos termológicos"

POR OTOMAR SCHMIEDEL

LA pregunta por la edad de la Tierra ha ocupado al hombre desde que su sed de verdad ha planteado a su espíritu el problema de descifrar los misterios de la creación.

Incesantemente y con afán, he estudiado los signos que me suministraron las observaciones astronómicas y geofísicas para buscar en ellas la llave del gran problema. Pero mientras que se ha podido explicar el carácter del proceso cosmogénico, en sus rasgos generales, por los efectos de la atracción mutua de la materia, distribuída irregularmente en una nebulosa y dotada de movimiento, nada se ha podido decir sobre los tiempos que transcurrieron en el proceso cosmogénico y sobre los intervalos, marcados por la separación sucesiva de los nudos densificados, que con su separación de la nebulosa materna, asumieron el carácter de los planetas.

Así es que tampoco sabemos cuántos miles de millones de años, pasaron desde que nuestra Tierra, todavía en estado gaseoso, se separó de la nebulosa solar. Ignoramos el tiempo transcurrido desde que nuestro planeta sigue como masa independiente su órbita alrededor de la masa central, y todos los esfuerzos con el objeto de investigar su hora de nacimiento han quedado sin resultado.

Las dificultades que se oponen al estudio del problema obligaron a los astrónomos y físicos a limitar sus esfuerzos y tratar de determinar el tiempo transcurrido en una época de evolución más corta de nuestro planeta. Así es que, por lo general, se ha tratado de investigar el tiempo de la formación de la costra terrestre, denominando este tiempo la edad de la Tierra, aunque en realidad no significa sino una corta época en el proceso geogénico. Astrónomos, físicos, paleontólogos y químicos se dedicaron al gran problema, pero siempre con resultados poco satisfactorios, por la inmensa contradicción con que ellos se presentaron.

Una de las primeras tentativas al respecto se basó en el cálculo del renombrado matemático y físico Huy-

ghens, quien determinó teóricamente el aplanamiento polar de la Tierra en 1:580. Siendo el aplanamiento real, sin embargo, 1:296, es decir, el doble, creía poder deducirse que al «solidificarse» este aplanamiento, la Tierra debería haber revolucionado con mucha mayor velocidad.

Se calculó la duración del día para aquella época, en que el aplanamiento de 1:296 habría correspondido al movimiento revolucionario, en aproximadamente 17 horas.

Los astrónomos Hansen, Adams y Delaunay opinaron que, efectivamente, debe aumentar la duración del día, indicando como valor aproximado 1.17 de un segundo en el transcurso de un mil años.

Fácil es ahora calcular que deberían haber pasado más o menos 4,000 millones de años desde que la duración de una revolución haya aumentado de 17 a 24 horas.

Este intervalo de tiempo se lo ha querido interpretar como tiempo de la solidificación en la superficie terrestre. Si bien existen fuerzas cósmicas que tienden a prolongar la duración del día, así, por ejemplo, el efecto de la atracción de Sol y Luna sobre las aguas de los océanos, las cuales tienen por la aludida atracción la tendencia de correr alrededor de nuestro planeta en sentido contrario a la revolución, no puede indicarse el valor numérico que resultase de esto referente a la variación del día.

Por otra parte, resultó inexacta la hipótesis de Huyghens, quien para su cálculo supuso una densidad terrestre que aumentara gradualmente hasta el centro, en el cual resultaría una densidad enorme. De las investigaciones de Hecker resulta, sin embargo, que la costra terrestre es bastante elástica y que la Tierra, en general, demuestra, como cuerpo, las cualidades elásticas de un globo de acero. Para un globo homogéneo, Newton había ya calculado el aplanamiento en 1:232. En vista de que todas las investigaciones indican una densidad menor en la zona exterior del globo y mayor en el interior, y de que otras investigacio-

nes revelan casi cierta homogeneidad, puede deducirse que el verdadero aplanamiento, 1:296, corresponde absolutamente a la revolución actual, sin indicar nada sobre la edad de la costra terrestre. Fácil es, además, llegar a tal conclusión, sin entrar en razones científicas, si nos imaginamos la Tierra como un globo de 3 metros de diámetro, consistente de una materia líquida-gaseosa-pastosa, cuya envoltura sólida no tiene sino 1 cm. de espesor y si tenemos presente que la corteza se compone de materia bastante elástica.

El cálculo de la edad de nuestro planeta a base del valor del aplanamiento, resulta, pues, imposible.

Las tentativas para determinar la edad de la Tierra, fundándose en las conclusiones que permite el estudio de la paleontología, no podían tener mejor resultado, por cuanto la vida activa sólo puede desarrollarse en temperaturas relativamente bajas, mientras que nuestro planeta ya debe haber comenzado a vestirse de «tierra» cuando la temperatura en la superficie era alrededor de 1000°.

Las indicaciones de Croll, que le dió 60 a 70 millones de años, no tienen, por lo tanto, mayor valor.

Joly quiso calcular la edad, basándose en la hipótesis de que las aguas de los océanos no hayan tenido desde el principio las cantidades actuales de sales, las cuales se consideraban como productos de la eflorescencia o de exhalaciones del fondo.

Determinó de este modo 50 a 150 millones de años, pero tampoco se dió fe al resultado, por cuanto se considera mayor la edad, por otras razones.

Thomson trató de calcular la edad de la Tierra, apoyándose en las observaciones sobre la pérdida de calor que sufre nuestro planeta en el espacio. Tomó como temperatura inicial 4000°, pues creyó, por ciertas razones, que aquella temperatura significaría el estado calorífico, desde el cual la Tierra habría sufrido un enfriamiento lento. Calculó 100 millones de años. La comparación de este resultado con los que dieron investigaciones paleontológicas, demuestra, sin embargo, que la costra terrestre debe tener mucho más que 100 millones de años. Se ha sacado la conclusión, por lo tanto, que el proceso de enfriamiento sucede mucho más lento de lo supuesto, e introducido en el cálculo por Thomson, quien se basó en el aumento geotérmico conocido (3° por 100m). Después del descubrimiento del radio y de las materias radioactivas, se creía que ellos presentarían la fuente de una producción de calor continua, de que resultaría la disminución del enfriamiento. Si bien es cierto que el radio tiene los efectos aludidos, no se sabe si las cantidades de radio en la costra son suficientes

para explicar toda la disminución. Por otra parte, existe en la continua contracción del cuerpo terrestre una fuente mecánica de calor, que Thomson no tomó en cuenta. Se dejó guiar indudablemente por la reflexión que del aumento geotérmico podía deducirse el verdadero estado calorífico y la verdadera pérdida de calor. Existiendo, sin embargo, la posibilidad de que las dos temperaturas, que determinan el aumento geotérmico, crecen y disminuyen simultáneamente en el mismo valor, resalta claramente a la vista que de la «diferencia» de las temperaturas, después de transcurrido un corto tiempo, no puede deducirse nada sobre la variación del estado calorífico, mientras que no se conozca la verdadera variación que sufrieron las dos temperaturas.

Solamente la comparación de las dos temperaturas, antes y después de un corto tiempo, dan la posibilidad de determinar la variación del estado calorífico.

Lord Kelvin indicó la edad de la Tierra también en 100 millones de años, partiendo de una temperatura inicial de 3900°. La coincidencia en temperatura inicial y resultado, hace suponer que el cálculo debe haber tenido aproximadamente la misma base como el de Thomson.

Si bien estos resultados, por las razones expuestas, dan la edad mucho menor de la que realmente debe tener nuestro planeta, no por eso necesita llegarse al extremo de dar a la época en que se formaron los océanos, una duración de 300.000 millones de años, como lo hace un físico austriaco.

Bastan conocimientos muy elemen-

tales sobre el enfriamiento del globo y la física para demostrar lo absurdo de este resultado.

Muy interesantes e importantes al mismo tiempo son en cambio los resultados que el físico inglés Strutt publicó hace 10 años sobre sus investigaciones, basadas en el hecho importante de que el helio, el cual se encuentra en muy pocas cantidades, casi en todas las piedras, se forma de los elementos urano y torio en intervalos de tiempo bien determinados e independientemente de cualquier otra condición. Las investigaciones de Strutt se extendieron sobre las cantidades de helio en una serie de piedras, para determinar así la edad absoluta de ellas.

De sus resultados interesan muy esencialmente dos. Determinó para diversas piedras de la edad azoica hasta 600 millones de años, pudiéndose, por lo tanto, interpretar este tiempo como intervalo mínimo para la formación de la costra, y obtuvo para ciertas piedras de la época eocena una edad de 31 millones de años, de lo que se puede deducir que hace 30 a 40 millones de años la temperatura en la superficie terrestre permitió el desarrollo primitivo de la vida activa.

Estos datos interesan en el momento, por el hecho de que he entregado hace poco al Museo Nacional de Historia Natural, en Buenos Aires, un amplio estudio sobre la edad de la Tierra a base de los procesos termológicos de que hablaré más adelante.

Referente a la temperatura que se puede esperar en el interior del globo, hay opiniones tan diferentes como referente a la edad.

Por lo general se opina que la temperatura será alrededor de 3 a 4000°. (Wiechert Mayer) apoyándose en las calidades del radio.

Una seguridad al respecto no existe.

Expuestos así sumariamente los métodos seguidos por varios autores, paso sin más a bosquejar mi trabajo: «Estudio sobre la edad de la Tierra a base de los procesos termológicos».

El estudio estriba en la teoría de Kant-Laplace, reconocida por el mundo científico.

En el primer capítulo he determinado el valor del trabajo mecánico que representa la contracción de las masas, desde el estado de nebulosa hasta el estado actual de nuestro globo y he calculado en 60 por ciento el valor del calor con que compensa la continua contracción parte del calor perdido por radiación.

El segundo capítulo trata del enfriamiento del globo.

Después calculo los valores que caracterizaban el proceso de enfriamiento, desde el estado inicial hasta transcurridos 30.000 millones de años, para establecer una base para mis investigaciones, que se refieren en primer lugar a la determinación de las tres épocas, a saber:

- 1) Intervalo transcurrido desde que la Tierra tenía su temperatura máxima (estado inicial).
- 2) Tiempo necesario para la formación de la corteza terrestre.
- 3) Tiempo transcurrido en la formación de los mares.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial,

EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar

esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE. — Jaime Tormo, «Bazar Costa Rica» (entre Botica Oriental y Botica Grillo). — José Simón, (Mercado). — Salomón Alcázar, «La Gaviota». — Daniel Arguedas (Mercado). — Ismael Vargas (Mercado). — Jaime Vargas (Mercado). — Tobías A. Vargas, «La Luz». — Enrique Vargas (Mercado). — Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado).

— Antonio Alan & Cº. — Domingo Vargas, (Mercado). — José Barzuna Sauma (Mercado). — José Barzuna Mena (Mercado). — Esquivel Hermanos, «La Gitana». — R. Guilarte & Cº, «La Reina». — José Sarkis, «La Gran Señora». — Colegio de Sión. — Colegio de Señoritas. — José Nassar (Mercado).

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina. — San José, Costa Rica.